

51 - Dr. Juan F. Borja.

W. S. Estrada *Aut.*

E-814

ESTR

El problema vital
del Ecuador
O fuertes o Esclavos

En propiedad de
W. S. Estrada

Feb. 58/1919.

Guayaquil

Imprenta Mercantil-Monteverde y Velarde

1919

V. E. Estrada

El problema vital

del Ecuador

O fuertes o Esclavos

Guayaquil

Imprenta Mercantil-Monteverde y Delarde

1919

El los legisladores de mi patria que tienen en mano el poder legal necesario para hacerla feliz i respetada,

a la juventud, dueña del mañana, que lleva en alma i cerebro impulsos sobrados con qué apartar de su camino la rutina i la molicie,

a los que están por irse, pero que antes pueden pagar su tributo al suelo patrio en forma de lección o de consejo,

dedico éste ensayo.

El problema vital del Ecuador

O fuertes o Esclavos.

Sumario

Antecedentes i Reflexiones.

	PAGINA
El porqué de estas páginas	3
Sin ideal nacional el país languidece	5
Necesidad nacional de organizar la defensa del país	6
El reto i la respuesta.....	7
La Diplomacia pide consejo a la Milicia	9
El valor derrotado por la Ciencia	10
Tristes ejemplos del abandono militar.....	12
La Milicia, Escuela Nacional	13
La experiencia del pasado i su reflejo en el presente; el caballo de Troya	15
Cómo entendemos la Patria i cómo debieramos entenderla	17

Organización i Preparación

El servicio obligatorio único fundamento lógico de la eficiencia militar: ejemplos actuales.	21
Nuestro ejemplo i el ejemplo del Perú lo tenemos más cerca....	24
El problema del comando: necesitamos maestros	26
La política ferrocarrilera sujeta primordialmente a las necesidades nacionales	29
Necesidad del concurso de la Marina. La experiencia universal en este sentido	36
La marina indispensable	41
Indispensable labor de paz por el Estado Mayor.	44
Salud Militar.	49
Material de guerra: cambio de sistema.	54
El Dilema	58

Antecedentes i Reflexiones.

El porqué de éstas páginas.

Los que recibimos con el arrullo maternal el cristiano mandato de amar al prójimo como a nosotros mismos, tuvimos que cavilar mucho cuando al correr los años, ya en plena juventud, pocos de sus días no transcurrían entre guerras i rapiñas. Mientras más brillaba la antorcha del Progreso i más afines parecían volverse los intereses de la humanidad, ésta multiplicaba sus luchas para el reparto de la tierra.

Así pues, cuál era en la práctica la fórmula de amor que nos legó el Nazareno?

El año 1910 la siniestra malversadora de la vida llamó a las puertas del Ecuador i nuestra meditación fué mayor, hasta traducirse en unas cuantas cuartillas que, por una razón o por otra, quedaron abandonadas. Pero a los cuatro años de haberse presentado tan inminente esa desgracia, vino la guerra mundial a sacar de las gabetas las olvidadas páginas que, remozadas i puestas al día, ofrezco hoy a bondadosos lectores.

Sé a lo que me expongo, pues forzoso ha sido tocar dolencias de nuestro organismo nacional, pero creo que callarlas i no pedir remedios sería eludir obra útil, como quizás pueda serlo, al señalarlas, conseguir que se las cure.

El mundo está hoy lleno de esperanzas i promesas. Faltaría averiguar si, ellas son las mismas que han brotado ya en épocas tan amargas como la actual. La creemos peor que ninguna porque el espíritu humano vive con el día i mira más bien el mañana que el ayer, pero si viviéramos la Historia con esa misma intensidad de anhelos, caeríamos en cuenta que cuando Atila volvió bridas en las llanuras de Chalons, también el mundo creyó haber conseguido la liberación que creé alcanzar hoy que la Historia repite en el mismo campo i con la misma espada del bárbaro, la misma epopeya. I cuando el huésped del "Bellerophonte" quedó bien asegurado en las manos implacables de Hudson. Lowe, también la humani-

dad sintió i vivió la sensación de un chorro de oxígeno en el pulmón del que se asfixia, porque también fué para los hombres de su época un Atila el corso semi-dios, como para nosotros es Atila el último Hohenzollern.

Todas las crisis históricas han traído racimos prometedores de reivindicación, renuevos i retoños de resurgimiento, pero él misterioso sino de los hombres i los pueblos agostó el fruto en flor.

Tan primitiva es la guerra que hoy está al terminar como la lucha de David i Goliath. No hai de mejor sino la envoltura exterior, la perfección mecánica, pero en el fondo, al saqueo i al incendio ha respondido el bloqueo, el hambre i la mordaza al intelecto. Los boletines de la "Lotería de la Santa Guillotina" que se leían en las cárceles del Terror, se publican hoy en la prensa con otro encabezamiento: Lista Negra.

En vano se esforzarán logistas i quijotes en desentrañar razones en pró de la Justicia de una de las causas en discordia. Todos están inhábiles para tirar la primera piedra, desde el alemán que pide astutamente "un sitio bajo el sol" hasta el inglés que "gobierna sobre las olas", desde el ruso que suspiró, hasta conseguirlo, por "el Gobierno del pueblo" hasta el francés que predicaba "la revanche", que es la doctrina de la guerra eterna, porque cada cual ha de soñarla desde el atardecer de la derrota.

En medio de los colosos históricos de ayer, de los gigantes de hoy, lo único que se destaca como símbolo de enseñanza, es la silueta macabra de la DEBILIDAD, encarnada en cien pequeñas naciones que el carro de Marte viene triturando en su carrera secular. I los guías de ese carro, son ellos, los grandes, los potentes forjadores del Progreso sobre las ruinas de los ingobernables, de los abandonados, de los animosos para reñir o soñar en las fauces del león, desdénando la fuerza de la zarpa i la quijada.

Hasta hoy el Ecuador ha vivido más a menos retraído de la evolución mundial, pero desde que la obra de reconstitución impuesta por la guerra, obliga a tocar somatén para reunir i acopiar hasta el último grano de arena que hará falta para unir lo que ha deshecho la furia de los hombres; hoy que tocan a nuestra puerta los directores de la Escena i nos susurran frases insinuantes i deslumbradoras, que traslucen anhelos por nuestro contingente, ayer despreciado cuanto exigido i demandado ahora, hai que prepararse para entrar dignamente en el Torneo i no abandonar los grandes problemas nacionales solo por una efímera dosis de Progreso, que tendrá tanto de artificial cuanto menos preparados estamos para recibirlo, o que implicará, para ser perdurable, el tutelaje extraño que como en Cuba o Panamá cuida policialmente el orden, ambiente único donde puede crecer, vivir i florecer.....

Digan otros lo que mejor convenga a la Patria. Verla libre de toda extraña influencia aunque débil i retrasada, sería acaso mejor que contemplarla cabe un Panamá, una Cuba, un Méjico, impulsada a todo trapo por las brisas del oro civilizador, pero exigente en retribuciones i gajes?

Si así fuere i se confirmara en nuestros días la superioridad pretendida de razas o instituciones, que venga, pues, el Destino a cumplirse en el Ecuador, i queden éstas páginas como una forma cualquiera del homenaje debido por todo hombre al suelo natal.

Sin ideal nacional el país languidece.

En la profunda psicología que tiene todo pueblo, sea él viejo i progresista como el Inglés, joven e incipiente como el nuestro, hai siempre como objetivo la silueta de un ideal, que es la fuerza impulsiva de su porvenir, ideal amplio i convincente, inculcado en las intimidades del alma de las multitudes por los hombres que pretenden ser sus guías o nacido espontáneamente al calor de robustas ambiciones.

Pero en nuestra filosofía nacional no ha germinado tal simiente hasta su completa lozanía, bien porque no hubo honradez de sentimientos en el fondo de sus cultivadores, bien porque surgieron aquí i allá con el nombre supuesto de grandes ideales, los que apenas si traducen secundarias aspiraciones regionales, que involucraron la fuerza propia de las mayores, o, más comunmente, porque languidieron cuando las hubo, al soplo atrayente pero disociador de la política interna.

Los pueblos bien está que luchen por su progreso local i el mejor modo de conseguirlo es valerse de su propio esfuerzo pero no es posible obligar a los grandes músculos de la nación a un trabajo de provecho menor mientras la patria queda desamparada de su fuerza.

El Ecuador no necesita forjarse un ideal porque lo tiene; lo que falta es arrancarle el velo que la política ha tejido a su contorno i, una vez descubierto, rendirle culto encauzando la vitalidad nacional por un sendero que nos lleve al éxito general, desdeñan lo las pequeñas exigencias locales que restan fuerza al aceptarlas.

El ideal es hacer Patria respetable i respetada.

Necesidad Nacional

de organizar la defensa del país.

Los esfuerzos de la humanidad i sus prohombres siempre han tendido a fines bien opuestos: mientras todos los años se reunían en la Haya los representantes de las naciones en busca del arbitrio que asegurara la paz universal, en esos propios países se trabajaba con febril actividad, en descubrir o inventar el fusil o cañón más perfecto o el explosivo más destructor que habría de oponer a sus posibles adversarios.

Casi ningún país ha perdido terreno en este sentido, i con muy raras excepciones, imperios, reinos i repúblicas han tenido ejércitos organizados, mantenidos i disciplinados, pues la política contemporánea es de expectativa, habiendo estado más o menos aprestadas todas las partes, teniendo de su lado ya el mejor fusil, ya el mejor cañón, ya la mejor organización, pero siempre obedeciendo cada cual al principio universal que le obligaba a vivir alerta, aunque ello le significara vida, caudales i energías: tal ha sido la Paz Armada.

Mientras la guerra sea una contingencia posible i probable, la primera misión de los gobiernos es trabajar por la defensa del territorio nacional i en nuestro particular caso, debiera estar demás cualquier argumentación en este sentido, pues lo menos que tal labor significara sería el cumplimiento del santo deber de hacer respetable al Ecuador, expuesto desde su independencia hasta nuestros días a la codicia de vecinos más fuertes i mejorados por la naturaleza en su desigual reparto.

Ejército organizado es un seguro de vida nacional, pues representa paz interior i respeto exterior. Las naciones no son como los individuos cuya ancianidad, nombre o merecimientos los protegen en la vida de los ataques de sus semejantes: sólo la fuerza ha hecho respetables a las naciones desde que el mundo está habitado por los hombres, i no hai la menor razón ni la menor esperanza de que esa maldición que pesa sobre la humanidad, tenga mañana menos fuerza que ayer i hoy.

Los tremendos ejemplos que en desconsoladora sucesión nos vienen en estos precisos instantes de los últimos rincones de Europa, Asia i Africa; el tutelaje que sobre el mundo neutral ha pesado i pesa, coartando en provecho ajeno los más inalienables derechos como el de pensar i comerciar, nos están hablando enfáticamente de la necesidad de vivir con previsora mirada hacia el mañana, i creemos llenar un deber estudiando i aplicando las observaciones i lecciones que cabe deducir de la gran contienda europea i de las últimas guerras en general, a las condiciones especiales de nuestro ambiente, para que sirvan en la pequeña escala que se les considere aplicables en la gran obra de regeneración i engrandecimiento que significaría la organización del ejército nacional.

El reto i la respuesta.

El Ecuador no debe hacerse ilusiones de la suerte que le espera si continua rezagándose en el ciclo evolutivo de las naciones sud-americanas. I si concretamos el caso a nuestras relaciones con el Perú, no hai la menor duda que estamos a su merced si no lo ponemos en su lugar volviéndonos respetables por nuestra fuerza.

Es preciso que nuestros gobernantes i nuestros políticos en general, nuestros militares i nuestros conciudadanos todos, tengan siempre vivo el recuerdo lapidario de esa frase que el Perú estampó, para fustigarnos con látigo de Belona, en su defensa ante el augusto árbitro S. M. el Rey de España:

"¿Estas provincias son tuyas? Pues venlas a tomar"

(Página 20 Tomo IV. o Epílogo de la defensa peruana en la contienda de límites.)

"Si peruanos ocupan todo el oriente, esas tierras son i serán peruanas contra todas las declaraciones del mundo. Un fallo que no reconozca la realidad de las cosas, ni la corriente de los sucesos, superior a las veleidades humanas, no cambiaría la situación efectiva, I SOLO DARIA ORIGEN A COMPLICACIONES INTERNACIONALES."

(Página 140-141 del mismo EPILOGO)

Estas afirmaciones que no tienen otro respaldo que los cañones, se estamparon en pleno siglo XX, en el esplendor de la Era Cristiana, pero no difieren ni en la forma ni en su esencia de aquel conciso diálogo que sostuvieron, 490 años antes de Jesús, en pleno reino de la fuerza, aquellos campeones que se llamaron Jerjes i Leonidas:

—*"Rinde tus armas"*

—*"Venlas a buscar"*

Ahora como entonces "la fuerza prima sobre el derecho", i con la misma razón que Jerjes, el Perú nos atropellaría haciéndonos repetir el episodio legendario de las Termópilas.

El Perú lanzó un reto al Ecuador con tales palabras estampadas en el texto formal de su alegato jurídico; el Ecuador desde entonces debió recojerlo i prepararse para responderlo de igual a igual, teniendo presente que las bayonetas son las plumas que manejan los políticos para dictar sus leyes y las que usan los diplomáticos para firmar sus tratados i que sin ellas la idea de Nacionalidad desaparece ahogada en estos siglos de transición i de conquista.

Aun no es tarde:

La historia es proficua en enseñanzas i son los necios i los quijotes quienes pretenden salirse de sus eternamente trillados senderos, haciendo caso omiso de sus claros apotegmas.

El año 1894 el Japón venció a China i con el pacto de Shimonoseki que puso término a la guerra, adquirió la legítima posesión de Port Arthur i la península de Kwuan Tung. Poco tiempo gozó el vencedor de su valiosa conquista, pues un tercero, Rusia, se la arrebató con el milenarío título del más fuerte. El Japón, pueblo viejo, pero en la juventud de su poderío, sintiéndose débil aún, guardó el ultraje, recogiendo pacientemente, pero al día siguiente puso manos a la obra de reparación que decidió obtener.

Con ocho años de labor el pueblo pobre i débil se convirtió en la primera potencia de Oriente.

Organizó un ejército bien armado i equipado, dotandolo de un material de artillería comparable sino superior al de las potencias europeas, dictando una ley de servicio obligatorio, formando un Estado Mayor lucido por su ciencia i preparación, preocupándose primordialmente de la Sanidad militar que la llevó a un grado de maravillosa eficiencia, construyendo una marina homogénea, calculada bajo la base que fuera superior a la que cualquier potencia europea pudiera expedir a los mares orientales, tripulándola por marinos expertos gracias a su constante práctica, i entregando su dirección a un grupo de almirantes, entre los que descuella Togo como la primera figura entre los del siglo, tales fueron en breves rasgos los elementos acumulados por la sed de reparación que experimentó el Japón a raíz de la injusticia, i con los cuales consiguió su objetivo diez años despues.

En lugar de Port Arthur i Kwuan Tung pongamos Tumbes i Jaen; en vez del pacto de Shimonoseki pongamos el tratado de Tarqui, en vez de Rusia i Japón pongamos Perú i Ecuador, i tendremos repetida en el tiempo i en el espacio la inmutable acometida de la historia.

Desgraciadamente esa historia solo se equipara a la nuestra hasta el momento del despojo; en adelante los papeles se cambian i en vez del Japón preparándose para lavar la afrenta, tenemos al Ecuador durmiendo sobre sus laureles.

Aun no es tarde para despertar.

La diplomacia

pide consejo a la milicia.

Solo un platonismo sin límites o una quijotesca idea de la vida puede impulsar al pueblo que pretenda arreglar los más complicados problemas internacionales con los vecinos, llevando en la mano derecha un legajo de títulos i en la izquierda una rama de oliva.

Hasta ahora el Ecuador no ha hecho otra cosa, pese a nuestro furor bélico del año 94 i del 910, i es una necedad que el país siga pidiendo al Gobierno la solución de sus cuestiones internacionales, mientras deje desamparados a sus diplomáticos.

Tras de nuestros Enviados extraordinarios i Ministros plenipotenciarios, tras la actitud enérgica de nuestros Presidentes, ha estado el Ecuador entero, de pie i resuelto con el ciego furor de la indignación, más no con la tranquila conciencia del poderío.

Nuestros diplomáticos tienen que desempeñar un papel delicadísimo, porque carecen de un documento que todos los plenipotenciarios deben llevar envuelto con sus credenciales: una buena memoria de guerra i marina de su país, que sea el Tónico, el cordial que sustente sus argumentaciones i porfías.

Lo realmente extraordinario de nuestros enviados, ha sido el relativo éxito de sus gestiones si se considera que en tales condiciones de inferioridad han logrado aplazar la tempestad.

Tras de nuestros diplomáticos no hai sino la Diosa Razón, que ha de sonreír buenamente, con el mismo gesto que sonrió a los parisienses de la Bastilla cuando en su nombre hicieron tantas barbaridades. Aquí, en verdad, no hemos armado guillotinas ni ahogado a nadie en la corriente del Machángara, pero mientras han discutido nuestros diplomáticos hemos hecho quince revoluciones, eliminamos seis generales, i gastamos en esas luchas los parques nacionales.

Lo único que nos quedó fué aliento para criticar a los gobiernos que no arreglan la cuestión límites con el Perú, o al que la arregló con Colombia,—que cuando menos tiene antes nosotros la ejecutoria de Tarqui, i el no haber citado para su defensa el episodio de las Termópilas,—sin considerar cual sería nuestra posición internacional el día que Chile llegue—que llegará—a un arreglo con el Perú.

Ningún acto diplomático deja de llevar tras sí, como el cuerpo la sombra, un poder militar organizado que, cuando menos, haga dudoso el éxito de cualquier atropello. I no solo para dar la pauta de la “dura lei del vencedor” la milicia aconseja a la diplomacia: quizás su más benéfico influjo lo ejerce en las soluciones pacíficas de los conflictos, pues entre países parejamente desarrollados militarmente, la utilidad de la contienda

es dudosa i no hai lugar a que la fuerza presione sobre la debilidad. Allí tenemos el Pacto de Mayo entre Chile i Argentina, firmado por la Diplomacia, pero refrendado por el poderío equiparado de ambas potencias, ninguno de cuyos estadistas divisó probabilidades de éxito en la contienda armada, siendo por eso la discusión serena i profícua.

Demos eficiencia a nuestra Diplomacia poniendo al lado de su evidente Razón la indispensable Fuerza.

El valor derrotado por la ciencia

Bastante difícil sería encontrar—aunque los hubo—un ecuatoriano que pudiera decir que conservó su ecuanimidad ante el peligro de guerra que surgió el año 1910. Casi nadie dudaba del éxito de Montero i su caballería, del machete i hasta del garrote, i la opinión pública cristalizó el valor intrínseco i moral del ejército en la histórica frase TUMBEZ-MARAÑÓN o LA GUERRA, tal era la seguridad que infundía el indomado arroyo del soldado ecuatoriano.

Más de un tratadista de la psicología de los pueblos, ha estudiado el proceso evolutivo que gobierna los actos de las multitudes en las grandes conmociones nacionales; i una de las observaciones que más frecuentemente se hacen, es la de que las opiniones se unifican de tal modo en esos casos fatales, que los más estoicos se convierten en los más precipitados, i asimilan de improviso las teorías de fuerza i violencias de que ayer se mofaban. Estas observaciones caben a los pueblos más civilizados como Francia con sus siglos de edad i a los que apenas dan sus primeros pasos en el camino, como el Ecuador con centuria i pico de vida i es así como vemos a París gritando el año 70—"¡a Berlín, a Berlín!" i a Quito el año 1910 interpretando en su "¡Tumbes Marañón o la Guerra!" el sentir nacional.

Es preciso que los órganos i círculos que imprimen orientación a la opinión popular, la precavan en lo posible del peligro de tan ligerísima apreciación de la guerra, i hagan entender a los ecuatorianos que ya pasó la época del valor ciego como factor decisivo en los combates, i que el sitio preminente que él ocupó, lo tiene ahora la ciencia aplicada a las industrias bélicas i a la conducción de los ejércitos.

Ya no hai que temer al valor sino viene acompañado por armas modernas o si se tiene mejores elementos con qué defenderse. Es muy fácil gritar el "Tumbes Marañón", pero no lo hacemos con la conciencia de estar preparados para la ardua empresa que significa conseguirlo, i es preciso que si lo intentamos repetir, sea con todas las humanas probabilidades de vencer en la demanda.

La indignación, la cólera que estalla cuando el patriotismo es herido por mano alevosa, cuando se ven conculcados los mas legítimos derechos del país; el entusiasmo que se despierta doquiera por acudir el primero al sitio del deber; el olvido, en aras de la Patria, de las pasiones i lu-

chas internas, a las que sucede la unión estrecha ante el peligro público; la firme decisión del sacrificio por la Madre Común, circunstancias son todas ellas para colmar el orgullo del patriotismo ecuatoriano; pero, desgraciadamente, en ésta época de nada sirve ese alarde de valor que antes suplía al número, pues ni valor ni número significan hoy gran cosa ante un mecanismo de artillería que paraliza al primero i neutraliza al segundo.

¶ También precisa desterrar del ánimo popular; el falso prejuicio que se han complacido en extender acerca de las deficientes condiciones morales que se pretende que dominan entre nuestros vecinos del Sur, creencia que tiene raíces en ciertos grupos determinados de militares de graduación, que confían mucho en los primeros empujes de nuestros valientes "cholos".

Pero más humanamente sospechable sería la actitud de nuestra tropa, acostumbrada a pelear cuerpo a cuerpo en las luchas políticas, si se encuentra, en un caso dado, trasplantada a un verdadero campo de batalla, donde recibe, desde 6 o 7.000 metros de distancia, una lluvia de granadas que siembran muerte i desorden, como lo hace con matemática precisión un cañon Canet.

Dejemos de lado las frases agradables al patriotismo, que es el peor camino para cimentar la moral del ejército, i no pidamos la línea del Marañón sino después de haber conseguido cañones, fusiles, escuadrilla para defender la costa i, finalmente, organizado un ejército capaz de manejar como se debe tal conjunto de elementos modernos.

La situación del Perú es bajo todos estos aspectos halagüeña: servicio militar obligatorio, material modernísimo i adecuado, parques repletos i fábricas de municiones para infantería, escuadra apreciable, i Estado Mayor organizado a base científica, tales son los elementos que han acumulado gracias a una política enérgica, conducida con altas miras nacionales, i que llevó sus desprendimientos hasta el extremo de poner el Estado Mayor en las manos de un extranjero Jefe de la Misión que operó la transformación de su ejército, con el apoyo i beneplácito de todo el país.

Es un deber de patriotismo hacerse estas reflexiones para destruir los halagos que mantiene en nuestra cálida imaginación el espejismo de Tarqui.

I no es preciso entregarse a muchas reflexiones para dar con las causales de esta situación. Ellas no son otras que las continuas revoluciones que han ocupado al Ejército, arrasando su moralidad, rompiendo los vínculos disciplinarios, absorbiendo las energías de los Gobiernos i destruyendo el incipiente trabajo de organización tantas veces comenzado, hasta producir el anulamiento de esa noble carrera, que hoy no existe como tal, sino en la forma embrionaria que permite el periodo de calma.

La nación debe clamar por esa calma, debe conservarla a toda costa, que ella subsista en adelante i que pueda así el Gobierno mantener un ejército hecho i preparado nó para debelar revoluciones o materia prima para organizar insurrecciones, sino una Institución con profundas raíces nacionales i apta para cumplir el único santo deber del militar: delinear las fronteras o hacerlas respetar.

Para ello tenemos hoy valor, número nó i todavía nos falta ciencia.

Tristes ejemplos del abandono militar.

Si la historia es la repetición de los mismos hechos podemos muy bien adivinar nuestro destino mirando en ese terso espejo sus límpidas i fatales enseñanzas.

Pueblo que ha descuidado el cultivo i fomento de su fuerza ha sido presa segura del mejor preparado.

No hai porqué remontarse a las nubes de la historia para recordar esos ejemplos. Quizas en los primeros tiempos la Lei de la Injusticia no tenía disfraces i era mas franco i mas advertido el golpe, pero ya en pleno dominio de la Civilización Cristiana la historia repite con la persistencia matemática del péndulo, la hora fatal de los ingenuos i los holgazanes, de los Quijotes i los Pingüinos.

El Perú i Bolivia estaban dormidos cuando Chile tenía sus ojos fijos en las salitreras de Tarapacá, Tacna i Arica el año 1879.

Turquía tambien dormitaba cuando Rusia le dió el primer zarpazo en los Balcanes, i como volviera a conciliar el sueño recibió el segundo manotón que llegó a los muros de Constantinopla el año 1908, i como persistiera en su soporífera siesta, los italianos rasguñaron su agrietada nacionalidad quitándole la Libia el 1910.

La misma Rusia sintió la placidez de una buena digestión balcánica i de ello aprovecharon los japoneses para arrebatarle Manchuria i Port Arthur el año 1905.

El pueblo boer creyó que el espléndido aislamiento a que se redujo en el interior del Africa Austral le serviría de barrera para salvaguardar su pacífica recolección de oro i diamantes. Pero tuvo que desaparecer como entidad nacional i contentarse con ser un diamante entre los muchos que dan brillo a una madrastra omnipotente.

España, legítima madre nuestra, i patria espiritual del Nuevo Mundo, también pasó el año 1895 por la dura prueba de verse agobiada i despojada por un pueblo mas joven que ella, pero que velaba por su desarrollo i porvenir con práctica solicitud i no con platónicas declamaciones.

China, grandemente extensa i poblada fué vencida en 1895 por sus parientes japoneses, que eran diez veces menos numerosos pero mucho más previsores i preparados.

La India, enorme aglomeración de pueblos a los que vinculan cuantos lazos históricos, étnicos i religiosos son necesarios i capaces para formar una nación libre e independiente, debe contentarse con ser del Dominio de un pueblo diez veces menos poblado, muchos miles de leguas alejado de su suelo i hasta separado de él por la luz del sol, pero que ha tenido como su primer ideal la máxima asimilación posible de la tierra productiva a su economía nacional.

Bastan i sobran estos ejemplos de grandes i pequeñas naciones para advertirnos que no hai la menor probabilidad de que nosotros constituya-

mos la exepción histórica, i de hecho no la constituimos porque no tenemos ya ni la mitad de la heredad.

La milicia, escuela nacional.

Sospecho que el título de este capítulo puede levantar la protesta airada de los pacifistas que están imbuídos entusiastamente por la teoría, mui en boga en los campos europeos, de igualdad, libertad i fraternidad, i creen sinceramente en el inminente advenimiento de la Edad Dorada de la Historia, gracias a la supresión de la Barbarie alemana a la que sustituirá la clemente y reguladora Ley de la Justicia, que emanará sin duda del triunfo de los más eximios campeones del Coloniaje y la Conquista, arrepentidos intempestivamente de su pasado, ante el horroroso cataclismo en que intervienen como inocentes víctimas.

Pero este opúsculo no se dirige a los ecuatorianos que piensen en el regreso de Cristo para tan pronto; se dirige a los que conserven un resto de esperanzas en los arreglos directos con el Perú por la vía pacífica. No pretende decir nada nuevo sino aplicar remedios conocidos a una enfermedad también conocida.

Es más: quiere poner ante los ojos de los más empeñados creyentes del arbitraje o de los arreglos directos los más recientes y concluyentes ejemplos de la quiebra universal del antimilitarismo, cuyos exponentes más avanzados, Estados Unidos e Inglaterra, pagan hoy con intereses sus deudas de improvisión y descuido.

Pero antes de comentar estas imponentes lecciones, quiero mostrar al lector, no los ejemplos europeos de lo que han hecho en pro de la nación alemana, francesa, suiza, sus organizaciones militares bajo el aspecto de escuelas educadoras del espíritu público; ni siquiera voy a citar el caso contundente de la robustez internacional de Chile debido a esas mismas razones; voy simplemente a transcribir aquí el comentario que una revista técnica francesa —ARMEE ET MARINE— hizo a las labores de la misión militar que organizó al ejército peruano.

Dice así: "Un estudio atento del país, demuestra rápidamente cómo por medio del ejército se civiliza un pueblo, cómo se fortifica y viriliza una raza, instruyendo militarmente a los indios, ayer medio salvajes, y cómo los cuarteles los devuelve después a la sociedad, transformados en ciudadanos apóstoles del Progreso, habiendo conquistado el derecho de ser electores en un país donde con razón, nadie puede adquirir derechos cívicos si es analfabeto."

"Desde entonces se puede ver que con la Ley de Servicio Obligatorio esos "cholos" peruanos llegan a los batallones embrutecidos, pesados, casi inútiles, casi sin hablar castellano, muchos de ellos sólo quichua o aimara, ignorando su patria, cual es el color de su bandera, ignorando, los desgraciados, hasta las más elementales nociones de limpieza corporal, habiendo vivido antes en casu-

chas miserables, durmiendo en el suelo, comiendo hasta con los dedos, entregados a los más groseros instintos y a veces a los más sanguinarios apetitos.”

“Y bien! lo que ningún maestro había hecho jamás, lo hace el servicio militar obligatorio de la manera más sencilla del mundo. Como ya dijimos, esos cholos acaban de hacer su servicio militar y salen transformados en verdaderos ciudadanos, dignos de ese nombre, penetrados de sus deberes sociales, conociendo a la vez todos sus derechos, transformados en electores instruídos, en hombres civilizados.”

“En efecto, durante tres años, gracias a una cuidadosa instrucción elemental aprenden a hablar español, leer, escribir y calcular; a la vez desarrollan no solo su cuerpo físicamente por medio de los ejercicios militares, sports y juegos de habilidad a que se les obliga, sino también su alma y su inteligencia, aprendiendo la historia de su país, habiendo adquirido una clara noción de sus aspiraciones económicas y *del rol que está llamado a desempeñar en el continente americano* y en el resto del mundo.»

“Y es así cómo el hombre inculto de ayer, que estaba más cerca del bruto o del salvaje que del sér humano normal, regresa a su casa habiendo aprendido en tres años que duró el servicio, a lavarse, a limpiar sus cosas, a dormir en cama y con sábanas, a comer en su bunco, sirviéndose de un cubierto y una servilleta, habiendo contraído preciosos hábitos de orden en sus efectos personales y en los de su habitación.»

“A su vez aprende a respetar la disciplina, a concebir la utilidad de una autoridad superior responsable y la necesidad que tiene de obedecer y conformarse con sus decisiones para el bien de la sociedad de donde emana.”

Cuán grandes ventajas reportaría al país esa escuela nacional de la milicia que tomaría a su cargo, como en el Perú, a nuestros indios que hoy vegetan en legal esclavitud y vergonzosa ignorancia, a los «montuvios» del litoral que tienen sobre el indio la innegable superioridad intelectual del bastón sobre la rama, a nuestros «zambos» y nuestros «cholitos» que siendo como son y serán las fuentes de trabajo en el país, rinden hoy su producto maquinalmente, mientras que germinan en su psicología primitiva todos los sentimientos adversos al bien general, indisciplina, matonismo, descuido, alcoholismo, demagogia, o al otro extremo, la inercia intelectual más completa, si benéfica para el amo, atrocemente perjudicial para la colectividad nacional.

Dice González Suárez. “¡Triste condición la del indio! Pero ello es cierto: el estímulo para el trabajo ha de ser siempre su vehemente propensión a la bebida. Esa propensión a la embriaguez parece conatural a la raza y constituye uno de los rasgos más pronunciados de su fisonomía moral. Rasgo, propensión que hace casi desesperar del progreso y adelantamiento de esta tan degradada clase social, para quien no parece tener halago ninguno la civilización” (Historia del Ecuador pág. 213.)

Hagamos algo por esa gente en la que está hoy nuestro porvenir, porque la guerra europea esfumó ya las últimas esperanzas de inmigración, mejorémosla de condición moral, y convirtamos esa masa que hoy produce como decíamos maquinalmente en «hombres-máquinas», de aquellos que hoy atraen la injusta crítica de medio mundo, de aquellos que saben defender la Patria tan bien como saben sacar de una tierra casi erial el pan de guerra de cada día,

La experiencia del pasado y su reflejo en el presente; el caballo de Troya.

Si entregáramos a un Tribunal el juicio de nuestra actitud de medio siglo a esta parte, sería dudoso que entre la locura y la inocencia no escogieran esta última como causa primera de nuestros errores y nuestras faltas como nación. Verdaderamente no podrían acusarnos con fundamento, porque tendrían presente que somos un pueblo niño, un pueblo de cien años, que no puede tener la profundidad de criterio ni la agilidad de concepción que tienen los pueblos de dos mil años de edad.

De allí que en nuestros hombres públicos haya sobresalido siempre la tendencia de encarrilar los procedimientos nacionales en la misma vía que siguen los propios e individuales, aplicando a lo público las reglas y los códigos de lo particular, hasta entregar, por ejemplo, una disputa vital a un tribunal de honor sin tener cómo hacer respetar un fallo favorable. Entre individuos es posible que la fuerza bruta haga respetar un fallo burlado, pero entre naciones, ¿quién me asegura que el Perú, que ya decía en su alegato que «el fallo que fuera opuesto a su posesión ocasionaría dificultades internacionales» hubiera sido puesto en sus nuevas fronteras por España, impotente en Cuba, mucho más en este lado del Pacífico; por esa España que ya se declaró impotente al consentir el insolente acápite citado en el cual una de las partes le declaraba de antemano que no se conformaría con un fallo que le fuera desfavorable?

Los países no son como los individuos más o menos buenos, más o menos justos, más o menos caballeros: los países son lo que las circunstancias les obligan a ser, teniendo en mira única y exclusivamente su desarrollo, y sólo los pueblos jóvenes participan de esa inocua concepción de su misión, tan similar a la que adquiere el hombre en su primera edad cuando aprende por definición lo que es Justicia o lo que es desprendimiento: en cuanto madura relega las teorías y afronta los acontecimientos bajo el criterio de sus conveniencias.

El Ecuador, pueblo recién nacido, tuvo el año 79 la ocasión de hacer respetar su tratado de Tarqui sin faltar a su honor, aprovechando la coyuntura que igualaba su fuerza a la del Perú, enredado en la guerra con Chile. Entonces el Ecuador no era aliado ni deudor de beneficios al Perú; todo lo contrario, era un acreedor con documento de plazo vencido. Su actitud de reclamante hubiera sido natural, lógica, incontestable, más, mucho más razonable que la de Rumania el año 1908 reivindicando de Bulgaria la esquina sur de Dobrudcha con el beneplácito de las Potencias, más, infinitamente más correcta que la de Italia al atacar en 1915 a su aliado de la víspera, que había fomentado su desarrollo con sus riquezas. Además en el caso del Perú y el Ecuador el año 79, de-

bemos recordar que Bolivia estaba de parte del Perú y, en todo caso el Ecuador hubiera pesado contra el Perú lo mismo que Bolivia pesó contra Chile en la guerra: el ataque ecuatoriano hubiera sido esperado y justificado y ni cobarde ni aleoso; pero procediendo como procedería un caballero en sus relaciones particulares, el Gobierno juzgó intocable la cuestión mientras luchara el Perú con Chile.

Si en lugar del Ecuador pusiéramos en el caso a Inglaterra, pueblo viejo y experimentado, la solución no hubiera sido dudosa, como no lo fue en Europa el año 1914. Viendo a su rival comercial en guerra con Francia y Rusia dejó de lado la caballerosidad del individuo y se acordó que era Nación y que las naciones no tienen honor en el puro y platónico sentido de la palabra. Lo único que las naciones deben exhibir es habilidad para tales casos, y no terciar en la contienda como vulgar malhechor sino con el albo manto de la Justicia: así Inglaterra defendiendo a Bélgica, Rumania recogiendo sus connacionales de Transilvania, Italia suspirando por sus súbditos irredentos, los Estados Unidos vengando a las víctimas del *Lusitania*, han convencido al mundo de la grandiosidad de sus sacrificios de oro y sangre y no tuvieron escrúpulos en atacar a Alemania en Europa y fuera de Europa cuando la contienda no les interesaba en sus primeras causas pero sí en sus trascendentales efectos.

Imponderablemente más lleno de razón el Ecuador para reclamar el cumplimiento de un tratado de fronteras, impuesto con magnánimo criterio al día siguiente de una gran victoria, no lo intentó cuando pudo, y esa cristianísima mentalidad, distintiva de nuestra gestión internacional, esa purísima inocencia que exhuda el ambiente en que mantenemos el ideal de la Patria, no puede menos de sernos fatal hoy que cada nación es un Caballo de Troya que lleva el elemento sorpresa orgánicamente asimilado.

Los que desdeñaron por árido el ancho campo de estudio que brindan los problemas internacionales en sus dilatados procesos evolutivos, de siglos cuantos de ellos, pudieron extrañarse de la guerra que hoy ensangrenta al mundo, y pueden creer aun de buena fé, en que sólo Alemania hizo uso del histórico recurso empleado contra los troyanos.

Verdad es que dentro de "su Caballo" los alemanes llevaban sus cañones monstruos y su organización ejemplar, pero el caballo de Troya francés llevaba en sus entrañas el cañón de 75 y el fusil Lebel, y el caballo inglés iba gordo de acorazados y el ruso de rodillos, pero con todo, ésto era lo de menos, porque en verdad, ni los alemanes se distanciaban mucho de los aliados por el hecho de poseer el cañón de 42, ni los aliados quedaban muy atrás de sus oponentes porque ellos tuviesen el de 75; el verdadero caballo de Troya, aquel con el que no puede competir ni compararse el alemán, lo presentaron los aliados —pueblos viejos— cargado con el maquiavelesco tejido, filigrana incomparable, de su diplomacia secreta que, principiando por separar uno de los elementos vitales de la triple alianza —Italia— concluyó por enredar a medio mundo contra Alemania, nación joven.

Hasta ahora la prensa aliada ha sostenido ante el mundo entero que nunca Inglaterra se preocupó ni preparó a la guerra, y que ésta, al estallar, la tomó desprevenida. El famoso Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, Sir Edward Grey, condensó esa situación repitiendo hasta sus últimos días que su país estaba con las "manos libres" en 1914, patentizando con esas pala-

bras su inocencia en la incubación de la catástrofe que correspondía en culpa y en consecuencias sólo a Alemania con su alianza triple.

Pero el 7 de Agosto de 1918, el actualmente primer estadista del Imperio Británico, el célebre Lloyd George, se encargó de levantar una punta del velo que aun oculta la verdad al mundo. En efecto, en su histórico discurso pronunciado ese día en la Cámara de los Comunes dijo textualmente: "EXISTIA ENTRE NOSOTROS Y FRANCIA UN ACUERDO SEGUN LOS TERMINOS DEL CUAL EL REINO UNIDO IRIA EN SU AYUDA EN EL CASO DE QUE FRANCIA FUESE AGREDIDA SIN RAZON JUSTIFICADA."

Semejante declaración motivó que el orador viese interrumpido su discurso, primero por el diputado Mr. Hooge que le replicó "eso no lo sabíamos" y luego por otro diputado que agregó "eso es nuevo para nosotros", y todavía, al finalizar, se puso de pie el diputado Mr. Herber Samuel y, entre otras cosas, dijo: "*Es esencial* para que no quede una falsa impresión, que el país NO CREA que existía algún tratado secreto o acuerdo privado que nos obligase en Agosto de 1914 a entrar en la guerra", verdadera petición de principio ésta, que se debate ansiosa para evitar el derrumbamiento del castillo hueco de Verdad y Justicia que sustenta la argumentación aliada; oportuna y sabia enmienda de Mr. Samuel al imprudente o mañoso premier Lloyd George que olvidaba momentáneamente sin duda, intencionalmente quizás, aquel sabio precepto de Varron, según Augusto, el primero de los romanos, que dice así: "El pueblo debe ignorar muchas verdades y *crear* muchas cosas falsas", fórmula empleada por Lloyd George y todos los políticos y diplomáticos de todos los siglos, y en la cual "se encierra toda la política", según San Agustín, comentarista del «Tratado sobre la Filosofía» de Varron [1]

Están muy frescos los sucesos de Europa para que ellos nos sirvan a conciencia, pero algo quedará en pie de las deducciones que parecen ya estables.

Revistamos nuestra política internacional de todos los ornamentos que usan esos invictos campeones de la Libertad y la Justicia y sigamos sus métodos, que ellos están impuestos fatalmente por las necesidades del tiempo.

Llenemos nuestro caballo de Troya con un poco de cañones y otro poco de Diplomacia.

Cómo entendemos la Patria y cómo debiéramos entenderla.

Como pueblo joven tenemos de la Patria la idea consecencial de un juguete delicado y querido. Esta opinión me la ha robustecido la observación que cabe hacer de la facilidad con que gran número de ecuatorianos opinaron que el Ecuador declarara la guerra a Alemania.

[1] NOTA. Al entrar en prensa este opúsculo hablan ya los cables diarios de un tratado secreto entre Italia y los aliados, debido al cual Italia se decidió a plegar a la causa aliada.

Comprendo la decisión de Inglaterra ante su rival comercial, venero la resolución francesa de tomar la revancha, me satisfago de la intervención americana para salvar capital e intereses prestados a los aliados, son evidentes las razones de Italia y Rumania que sufrieron un olvido muy excusable, y hasta adivino el secreto de la intervención de Cuba y Panamá que no tienen, de-de tiempo ha, libertad de sus actos; pero no acierto a comprender porqué el Ecuador se declararía la guerra al Imperio alemán, país al que nuestro comercio debe gratitud por las enormes facilidades que siempre le prestó, país con el cual no hemos tenido el más leve tropiezo internacional, ni lo tenemos, pese a la comedia de von Pearl.

Tras de las razones relumbrantes que los gobiernos exhiben para declarar una guerra, hay otras, las verdaderas, las supremas, que son las únicas que pesan en la balanza y la inclinan. Aquellas razones platónicas no tienen uso ni valor, a no ser como documentos de archivo y, por eso su empleo se reduce a las funciones declamatorias, ropaje con que se encubre una situación dada.

Así, por ejemplo, Italia declaró la guerra al Austria para redimir territorios y pueblos que pretende suyos, y Rumania presentó ante la opinión mundial la misma justísima causal; los Estados Unidos entraron a la liza porque el crimen del *Lusitania* y de los submarinos atacaba el sacrosanto derecho universal de libre navegación en los Océanos, y el Brasil entró a bregar por esa sobresaliente divisa; pero esas declamaciones cederán su lugar al día que la Historia se escriba y el que lo haga caiga en cuenta que los territorios irredentos estaban en tal condición hacía muchos años, sin que Italia empujara sus ejércitos para reivindicarlos, y esa condición hará que el historiador busque razones menos platónicas y de más peso, que las hallará muy probablemente en el aparente desastre de Austria en los Cárpatos, contemporáneo con las exigencias de Italia, cuyos proyectos tenían así un carácter, también aparente, de acción decisiva y de marcha triunfal; caso que se repitió en la intervención de Rumania cuando el rodillo ruso pareció tomar forma real en manos de Brussilof, época propicia para acabar con los derrotados austriacos, poniendo de lado la reivindicación de Transilvania que, como Trieste y Trento, estaba en manos de la Doble Monarquía sin que sus pretendientes se acordaran de ello en época menos aflictiva.

También los historiadores tendrán que averiguar por qué los Estados Unidos no declararon la guerra a Alemania enseguida del hundimiento del *Lusitania* y la iniciación de la campaña submarina, y no que esperaron que transcurriera un año largo para declararla, cuando por rara coincidencia muy similar al caso italiano —y al rumano,— Alemania acababa de ser completamente derrotada, también en apariencia, por los ingleses en el Somme y estaban en plena retirada sobre su línea Hindenburg.

En todos esos casos hubo error de apreciación, y si aquellos países hubieran sospechado que sus deducciones pecaban por su base, pues Alemania no estaba derrotada en ninguna de esas históricas ocasiones, es de presumirse que hubieran continuado ignorando las razones de que se apropiaron para disfrazar su voracidad, tan ignoradas como las tuvieron largo tiempo al amparo de su neutralidad.

Estas digresiones tienen por objeto poner en relieve que las razones de Estado son las únicas que deciden a los países en sus grandes crisis y, yerren ó acierten, priman sobre las razones de conciencia, por la sencilla causa de que razones de tal especie no caben en el concepto de Nacionalidad.

No comprendo decía *por qué* hubo ecuatorianos que abogaron por la declaratoria de guerra a Alemania, pero sí sé *para qué* lo querían, y porque sé las premiosas razones de orden material que los empujaron a mantener esa teoría, es que digo que la idea de patria es entre nosotros, entre muchos de nosotros, la de un costoso, fuerte y querido juguete al que se le puede colocar en posiciones disparatadas con tal de llenar un capricho o aliviar una necesidad.

Es que vivimos en plena "ciudad alegre y confiada", y la consideramos patria solo porque estamos bien en ella --ubi bene ibi patria— aunque ella no esté bien: el momento que nos faltá harina o manteca o que se clausura el mercado de cacao, nos acordamos del juguete y lo ponemos en una posición que agrade a los proveedores, sin reflexionar que el enemigo de ellos está mil veces peor que nosotros y no capitula.

Dueños de un territorio extenso, rico y feraz, temblamos ante el espectro del Hambre, cuando sembrando nuestra pródiga tierra tendríamos para sí y para exportar, y derivaríamos de allí la única fuerza sólida y estable que nos sustentará en posición independiente y digna ante los países limítrofes y ante el resto del mundo, aunque esté él envuelto en sangre; pero con la idea fácil y acomodaticia de patria, preferimos llevar nuestra espléndida desnudez al concierto CULTURAL a cambio de piltrafas, mientras el enemigo, el verdadero, el único enemigo, cultiva e irriga su territorio y se enriquece y se arma y vende sus productos agrícolas y mineros a precio de oro y arranche.

Comprendería yo también que el Perú guerreara con Alemania porque el mercado de sus productos ha estado, está y estará entre los aliados, y es más bien un competidor de los alemanes en su industria azucarera; pero nosotros, eminentísimos productores de cacao, cuyo gran mercado es Alemania, y racionados para nuestra exportación a los Estados Unidos con un mínimo fijo de toneladas que no alcanza a la mitad de la cosecha, POR QUE vamos a coger el juguete y ponerlo de espaldas a Alemania?; sólo para comer? Pues sembremos nuestro suelo, escarbemos sus entrañas, desarrollando así sus dones naturales, haciendo patria de verdad y no el grotesco juguete que se mueve al arbitrio de los vientos.

Las ideas que abrigamos sobre Patria tienen otro cariz cuando llegan a ponerse en práctica, porque felizmente la cuestión guerra con Alemania no pasó de teoría.

En efecto, si ponemos codo con codo a representantes de las diferentes provincias encontraremos, al interrogarles, un derrotero para llegar a las escasas profundidades de nuestra constitución espiritual y su influjo en nuestro desarrollo nacional.

Un imbabureño nos dirá que no hay Patria sin ferrocarril al Norte, un ambateño, sin ferrocarril al Curaray; un esmeraldeño, sin ferrocarril a Ibarra; un cuencano, sin ferrocarril a Huigra; un babahoyense, sin ferro-

carril a Balzapamba; un manabita, sin ferrocarril a Santo Domingo; un guayaquileño, sin saneamiento; un orense sin ferrocarril al Zamora, y así todos con razones más o menos valaderas, más o menos apremiantes y que sin duda alguna coadyuvarán a la idea de Patria, pero en su particular esfera y en su mínima proporción.

Penetrando aún más en el individualismo nacional, si recorremos los pequeños pueblos, descubriremos, oyendo a sus habitantes, que uno de los factores más urgentes para el bienestar de la Patria es la cantonización de tal parroquia, o convertir tal cantón en provincia, o tal sitio en parroquia, trasluciendo una honda aspiración separatista y un oscuro deseo de independencia, que ejercen indudablemente una presión constante en sentido centrífugo, con evidente daño de la homogeneidad y cohesión nacional.

Cada cual quiere llevar más agua a su molino y por consecuencia se produce una verdadera descentralización de esfuerzos y energías, con dos lógicos resultados: se trabaja por objetivos mezquinos, restringidos, locales, y se postergan los grandes intereses patrios, pues el aliento nacional apenas alcanza para darle vida a tantas empresas locales: de allí que, apesar de los lazos históricos que unen a cuantos habitamos del Carchi al Macará, tengamos como mal endémico el provincialismo más agudo originado en las exigencias regionales.

De allí que mientras los representantes del país en el Congreso han pedido en todos los tonos ferrocarriles y obras públicas que valdrían quinientos millones, no sé de ningún pedido de un millón siquiera para elementos bélicos, a contar del año 1911.

Queremos edificar sin base alguna, porque hacer ferrocarriles es abrir caminos al invasor y los países que tal hacen sostienen ejércitos para defenderlos.

Una eminencia en la materia como von der Goltz, critica a los que se oponen a la construcción de ferrocarriles con el pretexto de que ellos abren al enemigo las puertas del país; pero esta crítica de von der Goltz tiene como base el hecho de que los países que construyen esos ferrocarriles construyen también ejércitos para defenderlos, y, bajo este criterio, que se hagan en el Ecuador todos los ferrocarriles en proyecto, que en uno i otro elemento que se complementan i se necesitan entre sí, tendremos los más vigorosos cooperadores del ideal nacional.

Organización y preparación

“Hay una puerta en el templo de la Libertad. Los que no han pasado por ella son como los ladrones nocturnos que entran por la ventana, para el mayor perjuicio de la casa. Hay una puerta en el templo de la Libertad. Esa puerta es la disciplina, es la obediencia. La juventud que no ha pasado por la ley está anémica, es caprichosa, débil, dispéptica. No habiendo sabido nunca obedecer, no sabrá nunca mandar.”

CARLOS WAGNER, “Por la ley a la Libertad”, pág. 233

El servicio obligatorio único fundamento lógico de la eficiencia militar: ejemplos actuales.

Debemos principiar por recordar que los laudables esfuerzos hechos en el sentido de la organización de nuestras fuerzas armadas desde la presidencia de García Moreno hasta la primera de Plaza, sucumbieron ahogados por la política que corrompía al endeble y recién nacido organismo, que nunca llegó así a tener forma precisa. Se trabajaba en organizar institutos técnicos para jefes, oficiales y clases, pero nunca se pudo poner en práctica una ley de servicio militar que es el antecedente lógico para crear ejército. Esto no merma verdad al hecho indiscutible de que es

en esos elementos aislados y disociados que sobreviven a esos institutos donde el Ecuador encontrará la materia prima para edificar los cimientos de su moderna institución armada a base del servicio obligatorio.

La primera observación que ocurre hacer en la guerra europea es precisamente en este sentido: los resultados incomparables que ha dado el servicio obligatorio en la práctica.

Es la piedra mural en que descansa todo el éxito de las primeras campañas alemanas en Prusia Oriental y Bélgica. Gracias exclusivamente a ella pudo Alemania presentar una organización virtualmente homogénea en la que, desde el generalísimo hasta el último soldado, evidenciaban un espíritu único, indestructible, eficiente, que obraba acompasadamente, consecuentemente en la menor de sus funciones sin exteriorizar en parte alguna del conjunto el más leve indicio de discrepancia.

Esa organización que tiene la flexible contextura del acero, ha suministrado al alto mando alemán el material irremplazable para hacer de su estrategia, el maravilloso juego que, al parecer imposible, daba soluciones en el sitio que las requería sin violentar su potencia ni fracasar su resistencia apesar de los factores numéricos contrarios, y la multiplicidad de frentes en que se veía atacada.

En cambio la Entente ha visto sus enormes fuerzas numéricas estancadas e impotentes durante los tres primeros años de la guerra, sólo porque uno de sus factores, Inglaterra, seguía el sistema tradicional de enganche voluntario y no pudo por lo tanto prestar la totalidad de su esfuerzo en la hora y lugar que hubiera sido decisivo. Fue menester la implantación precipitada de una ley compulsoria para que esa gran nación pudiera suministrar a sus compañeras la ayuda práctica, siquiera material, que se cristalizó en la ofensiva del Somme, cuyos resultados probaron lo tardío del esfuerzo y advierten de las consecuencias de la imprevisión y de la improvisación.

En la guerra es muy difícil reparar el daño emergente de esas dos causales, y nunca resulta más veraz el vulgar refrán que dice "el que pega primero pega dos veces". No es hoy un secreto para nadie que la guerra estuvo perdida por la Entente apesar de que numéricamente era superior a los Imperios centrales y sólo la intervención de Estados Unidos ha equilibrado primero, y superado después, a la potencialidad alemana, con el argumento convincente del rodillo.

El actual servicio obligatorio en Inglaterra y Estados Unidos es algo que surtirá sus efectos veinte años más tarde, cuando las generaciones jóvenes vayan pasando con calma y método por la escuela del ejército en paz; el servicio obligatorio es la obra del sembrador que cosechará no en el día sino en el futuro y ésto es lo que lo hace necesario, imperioso desde ahora, porque todo el oro del mundo y toda la voluntad de un pueblo no pueden madurar en un día el fruto que sólo pueden sazonar el tiempo y el estudio.

El servicio obligatorio, tal cual se aplica hoy en Inglaterra y Estados Unidos, no es más que la guadaña que recoge para el campo de la muerte a un rebaño de hombres patriotas y de buena voluntad, que van con su heroísmo y su fé a defender sus ideales contra un enemigo que exhibe como

el mejor de sus méritos, una perfecta organización y cohesión táctica, producto de una ley que, dictada muchos años atrás, dá hoy su fruto. En esto, y sólo en esto, tenemos la explicación convincentemente lógica de esa epopeya del Somme, para la que declaró la Entente que había reunido cuanto tenía de fuerza e ingeniosidad y que conceptuaron sobradamente bastante sus caudillos para llegar a la meta: ni esos elementos ni esa sangre dieron el resultado representativo de su costo, y allí, en esos por siempre históricos campos, Inglaterra expió en abnegación y sacrificio, la falta de esa ley que da cohesión y multiplica la fuerza y que, de haberla tenido en práctica veinte años antes, le hubiera evitado llegar a las márgenes del Somme, pues habría encontrado a Alemania de igual a igual en los campos de Bélgica. [1]

Compárese el caso de Inglaterra con el caso de Francia y resaltará la impresión contraria, pero coadyuvante a nuestro criterio. Esa nación tenía su servicio obligatorio implantado de tiempo atrás y gracias a él su resistencia tiene toda la regularidad y eficiencia de un verdadero muro de acero: cuenta la tercera parte de efectivos que Inglaterra y cuando ésta fracasa en el Somme y fracasa en Picardía, Francia resiste y reacciona en Verdun y en dos Marnes. Desangrada, casi aniquilada, su ejército tiene un esqueleto robusto y un reemplazo que fluye metódicamente de sus antiguas formaciones y sus nuevos quintos y así con razón y gloria que brillará eternamente, ha sido capaz de ver esfumarse el «rodillo» ruso, el socorro inglés, la ayuda italiana, y aguardó impávidamente la americana, teniendo aun autoridad y preeminencia para imponer el caudillo a todos sus más que ella poderosos aliados: allí está Foch y habría estado mañana el que lo reemplazara si fuese necesario.

Este milagro no lo hace ni el valor, ni el material, ni el número: hay que buscar sus causas en un basamento más sólido y más acorde con el carácter eminentemente organizado y previsivo que hoy tiene la guerra y él no es otro que la constitución íntima del ejército de la cual dimanar sus acciones y tal constitución está exclusivamente cimentada sobre el servicio obligatorio. Este milagro de Francia es el mismo milagro de Alemania luchando contra el resto del mundo.

Póngase cuantos materiales de guerra modernísimos se quiera en manos de un ejército recluta y tendremos cuantas ediciones inglesas queramos de la batalla del Somme; pero sean ellos manejados por un puñado de soldados bien encuadrados y tendremos la reedición francesa de Verdun. La partida se puede ganar contra esta regla, sin duda alguna, y es lo que han hecho los aliados, pero con un sistema primitivo y trágicamente sencillo: a los dos millones de franceses y cuatro millones de ingleses, adjuntaron seis millones de americanos y fatalmente esos doce millones de hombres hubieran aplastado a los cinco millones de veteranos alemanes que encontrarán en el camino. Este sistema es inaplicable por el Ecuador en un conflicto con el Perú y debemos ponernos en el caso de presentar ejército veterano y no enganchado.

(1) El Mayor Kunz, del Estado Mayor Alemán, dice, al analizar la guerra hispano-americana: "Cuan poco apropiado es un ejército de milicias para obtener en la ofensiva resultados decisivos, lo demuestra con la mayor claridad posible la guerra de 1898". (La Guerra Hispano-Americana. Ejercicios tácticos. Traducción española, pág. 102.)

Con estos ejemplos hemos querido probar que la ley de servicio militar obligatorio no es susceptible de una adaptación intempestiva ante fuerza de circunstancias y hechos consumados. Si queremos tener ejército debemos principiar por dictar y aplicar esa ley.

Lo que pretendimos hacer el año 1910 cuando la amenaza de guerra con el Perú, bajo el amparo de la ley que dictó el Congreso de 1906, no fué sino una mistificación; la ley de servicio obligatorio no es para aplicarse la víspera de romper las hostilidades y llamar al servicio, bajo su nombre y mandato, a los ecuatorianos de tal o cual edad sin instrucción militar; ésto es derribar por su base la benéfica influencia de esa ley, que así resulta nada más que una de censo o estadística.

La ley de servicio obligatorio hay que aplicarla en la paz y cosecharla en la guerra. Miremos a Europa.

Nuestro ejemplo y el ejemplo del Perú lo tenemos más cerca.

Nos debería bastar la observación de lo que ha ocurrido en el Perú para enmendar nuestros procedimientos, y no dejar subsistir de modo indefinido la enorme ventaja que lleva un país con servicio militar obligatorio sobre otro que no lo tiene en práctica.

Mientras nosotros no podemos renovar el personal de nuestro ejército, porque ni hay ley que lo posibilite ni voluntad para enrolarse, el Perú sigue astutamente cosechando ópimos frutos de su ley de servicio obligatorio, una de cuyas fases hemos visto descrita en capítulos anteriores.

La tropa del ejército ecuatoriano está formada por elementos heterogéneos. El que presencie el desfile de un batallón no dejará de observar con extrañeza la presencia de individuos de toda edad. Marcha el viejo canoso al lado del pillete de doce años que va con su cruz, su rifle, a cuestas. Desfila el hombre joven, apuesto, marcial, codo a codo con el tuerto, el lisiado, el tuberculoso, el reumático que pugna por conservarse al paso con su compañero. Si entramos al cuartel y revisamos el tiempo de servicio de cada soldado, quedaremos asombrados de que algunos estuvieron para la toma de Guayaquil el 83, "cuando los restauradores"; lo que quiere decir 36 años de servicio; otro estuvo en Gatazo, lo que indica más de 20 y así los más. Si averiguamos a los muchachos de 12 o 14 años de edad, nos contestarán que sus padres, sus patronos los entregaron al cuartel para librarse de sus defectos, sus raterías, sus malas costumbres.

¿A dónde pues cohesión táctica, organización posible con elementos de tan opuestas y diversas condiciones?

¿Qué de extraño tiene así que la marcha de un batallón nuestro sea un reguero de rezagados, a quienes la ocasión convierte y obliga a ser desertores?

¿Cómo va a marchar a la misma velocidad y con la misma resistencia el viejo de 50 años, el mozalvete de 25, y el pilluelo de 12?

Para comprender lo que significa tan grave defecto en las operaciones de un ejército, basta recordar que, según von der Goltz, la Guardia Prusiana que era el mejor cuerpo del ejército alemán, perdió en rezagados nada menos que 7.000 hombres en el breve espacio de marchas que hizo de la batalla de Gravelotte a la de Sedán. ¿Qué podríamos esperar nosotros de un ejército de voluntarios?

El argumento más contundente e inmediato contra el régimen actual es que, no siendo compulsorio el servicio, es evidente que a él sólo acudirán los elementos que no por buenos carecen de sitio libre en el campo social, o aquellos forzados por la impúdica recluta, tan peligrosa la una fuente como la otra para ser medianamente aceptables y dar elementos con qué formar ejército eficiente.

Los representantes más genuinos del sistema voluntario han enmendado ya su error. Inglaterra, tradicionalmente enemiga de una milicia forzosa, por crearla ingenuamente atentatoria a la libertad individual; los Estados Unidos, cuya democracia quiso siempre apartarse del peligro político que presentía en la fuerza organizada, son ya potencias militares de primer orden y van por las mismas veredas que siguió Alemania, aunque hoy nos prometen que tales organizaciones serán transitorias!

Allí está el país más libre y democrático de Europa, la hermosa nación Suiza, manteniéndose firme y respetada en medio de la tormenta que ruje en todas sus fronteras, gracias a su admirable organización militar obligatoria, que ha tenido el acierto de trasplantar a su ejército cuanto de bueno y práctico observó en los demás, aplicándolo igual o modificado según las circunstancias fueran idénticas o no.

El Perú, ofrece hoy un cuadro alentador gracias a su ley militar. Allí el Estado se ha preocupado de la educación cívica del ciudadano, principiando por gravarle objetivamente el primero de sus deberes. Tal empeño tiene su mejor auxiliar en las Escuelas de Tiro Nacional, esparcidas en todo el territorio, y donde los ciudadanos que están fuera del ejército aprenden el manejo del rifle, o no lo olvidan si ya han hecho su servicio.

Luego la incorporación anual de los sorteados para ingresar al servicio mantiene y renueva en el fondo del pueblo la corriente del patriotismo, que a su vez se encargan de agitar los que regresan cumpliendo la ley. De allí se engendra un espíritu latente de mejorar y engrandecer la patria y hacerla respetable.

Cuando la política ha querido servirse del ejército ha encontrado dura oposición, y si alguna vez logró iniciar su obra nefanda, pronto se vió reaccionar el espíritu de la abrumadora mayoría enseñando el recto y patriótico camino.

Organizada la milicia ha podido tener voz i voto en las grandes deliberaciones nacionales en lo que a ella atañan: ha exigido i ha obtenido que se la mire como uno de los organos esenciales de la vida pública y se le suministre cuanto requiere su fomento.

Haciendo respetable a esa nación ha infundido confianza al espíritu de empresa propio i extranjero para invertir capitales en industrias i cultivos, que son en verdad los mejores aliados de un ejército, porque le suministran medios de crecer en la paz i lo sostienen i proveen en la guerra.

Intimamente conexiónada con su marina de guerra, construyó una mercante, la más rápida de la América del Sur, i mientras en paz conduce su exportación i trae su importación, en guerra esos veloces buques serán cruceros auxiliares de indiscutible superioridad sobre todos los similares que pueden oponerse en estos mares.

En suma, el pueblo peruano tiene de la Patria una idea algo más que espiritual, i lo une a ella un nexo algo más que moral, pues que sus gobiernos le han dado modo de acercársele, de verla en forma tangible i palpable durante las diversas fases de la vida militar, sostén i aliento de la vida nacional.

Con sobradas razones, i ésta una de ellas, pudo decir nuestro eminente internacionalista Dr. Carlos R. Tobar: "Feliz el Perú, que aleccionado por la adversidad, cruel pero docta maestra, resurge hoy maravillosamente" (1)

El problema del comando.

Necesitamos maestros.

Como todas las grandes empresas del hombre la milicia no se pasa de detalles. Podríamos dotar al Ecuador de lei militar i de materiales i no habríamos adelantado gran cosa si paralelamente no nos preocupamos del manejo de esa tropa i esos elementos, principiando por las baterías i acabando por el alto mando.

I debemos convenir patrióticamente con que carecemos del número suficiente de jefes i oficiales preparados para dirigir el ejército relativamente numeroso que exige una guerra internacional.

Por lo que a oficialidad se refiere la expectativa es consoladora debido mui especialmente al verdadero espíritu militar de que está dotado el interiorano que forma la mayoría del personal de oficiales en el ejército, sin que por ello dejemos de reconocer los magníficos exponentes que tiene la costa hasta en el alto mando del ejército.

Tenemos en suma base sobre qué trabajar con esperanzas, pero no debemos convenir en dejar a la actual oficialidad con el grado de preparación que posee, a todas luces deficiente para atender las exigencias derivadas de la práctica en la guerra europea.

(1) "Un asunto digno de ser tratado en el congreso de la Paz en la Haya", pág. 26

La misma oficialidad de escuela, formada por los institutos de Quito, tiene grados de instrucción desiguales según pertenezca a contingentes que hayan salido en épocas que la escuela era azotada por las ráfagas de la política. Entonces se hacían cursos rápidos para llenar huecos en las filas, los que, como su nombre lo indica, no daban al alumno la eficiencia inherente a un estudio calmado.

Tuvimos una Academia de Guerra que duró algo más de un año i a la cual ingresó un cuadro de oficiales escogidos—algunos muertos a la fecha—pero mal pudo llenar su cometido en su efímera existencia.

Por último contamos con un numeroso grupo de oficiales que han cursado fuera del país i que siempre han ocupado, con justicia, los altos cargos del ejército.

Con todos estos elementos en los que prevalece al alto espíritu necesario e indispensable para ejercer el comando, podemos contar i confiar para organizar los servicios primordiales a todo ejército moderno; estados mayores, con sus variadas ramificaciones, transportes, fortificaciones, comunicaciones, sanidad, operaciones, etc., i la artillería con su séquito de problemas delicadísimos a resolver, seleccionando de esos personales lo mas apropiado para especializarse en cada servicio, mientras que podemos dedicar a la caballería e infantería los elementos menos preparados, pero que deberán ingresar, sin embargo, a cursos de aplicación que les darán el complemento de instrucción apropiada para su arma.

En el fondo el problema de formar oficialidad no es un rompecabezas, pues si conseguimos que la actual, que posee sin duda preparación elemental, se preste con buena voluntad a terminarla en los institutos que se funden ad-hoc, podremos contar conque una labor enérgica de dos o tres años, pondrá a nuestros oficiales en un pie de eficiencia que corresponda de manera apreciable con los requerimientos del mando táctico en la guerra moderna.

En lo que a jefes de unidades combinadas i de ejércitos se refiere, el asunto sí entraña gravedad, porque esa clase de comando ha tomado mucho vuelo en las últimas guerras i necesitamos jefes para un radio de acción mucho mayor del que siempre ha correspondido a los nuestros. Las campañas en que han intervenido nunca demandaron condiciones especiales de estrategia. No hai práctica ni escuela para el manejo de grandes masas. No hai tampoco elementos para ejercer el mando con propiedad, tales como las informaciones preliminares propias i las del posible adversario; nos falta el conocimiento de la propia topografía militar, las posibilidades de transporte, etc. Carecemos de todo aquello que constituye la compleja labor de un estado mayor en tiempo de paz i carecemos en suma de ese Estado Mayor en el amplio sentido de la palabra, porque la mezquinidad de los medios que se le han entregado i los errores de las leyes en cuya virtud vegeta, lo tienen reducido a un simple servicio de administración distrayendolo de sus grandes objetivos. I más que nada carecemos de una Academia de Guerra, unico sitio donde pueden formarse en la tranquilidad del estudio, a la luz del analisis, de la historia, de la Estadística, los Jefes que pueden concebir i ejecutar la más modesta de las acciones de la Gran Guerra.

Es ilógico, es utópico creer que el comando de una de esas divisiones improvisadas para nuestras luchas internas, comunique autoridad i experiencia para el manejo de un cuerpo de ejército que vaya a luchar contra un adversario organizado.

El año 1910 tuvimos ocasión de presenciar la movilización i concentración de nuestro ejército en la provincia de El Oro i justipreciar las dolorosas deficiencias de nuestro comando.

El heroico general Alfaro, jefe nato del ejército, se embarcó en el vapor «Olmedo» con su Estado Mayor, e hizo embarcar en ocho o diez vaporcitos más cinco o seis batallones, colmándolos de tropa i parque. Nos dirijimos a Puerto Bolívar i en momento que atracábamos al muelle, daba puerto también un vapor inglés, no recuerdo si el «Chile» o el «Perú,» cargado con mil negros esmeraldeños al mando de Don Pedro Concha. En un santiamen se reunieron cuatro o cinco mil hombres, pero al llegar a tierra no había ni cuarteles para alojamiento, ni tiendas de campaña para sustituirlos, ni una rez para comer, fuera de otras deficiencias más esenciales que omito por deber. La provincia de El Oro sufrió desde ese momento nuestra propia invasión antes que la del enemigo. [1] Del otro lado de la frontera había un ejército de 10 o 15.000 hombres perfectamente alojados en el campamento de Sullana i avituallados oportunamente por el ferrocarril que de Paita conduce a ese lugar.

En caso similar se halló Chile el año 79 cuando su guerra con el Perú i entonces el Consejo de Ministros decidió embarcar su ejército después de resolver,

“Que no había grave riesgo para que el ejército expedicionara aunque no se haya destruido los buques enemigos, siempre que sea convocado por TODA LA ESCUADRA” [2]

Nótese, compárese la cautelosa decisión del Gabinete Chileno con la precipitada resolución del General Alfaro en 1910.

Chile, con escuadra más poderosa que la peruana, consiente en embarcar su ejército “siempre i cuando la totalidad de la escuadra proteja el convoy”: ya ésto era osadía.

Ecuador, sin escuadra comparable a la peruana, embarca su ejército i embarca su Presidente sin medir la magnitud de un fracaso; ya esto era temeridad.

El historiador que relata esas hazañas apreciando después el ejército que la realizó, sumariza en breve párrafo el temple de esos caudillos: “Si no tenía la fisonomía de un ejército moderno era porque los oficiales superiores que lo mandaban eran rehacios a una reforma de esa clase. Hombres de honor, valientes en el peligro, pertenecían a la escuela de su juventud, cuando los laureles se recojían con el esfuerzo de los brazos i de los corazones”. [Bulnes]

No necesitamos jefes que se embarquen en un miserable casco viejo con la flor del ejército buscando la repetición espartana del episodio revolucionario del «Alajuela» en plena amenaza de guerra internacional, al atravesar un brazo de mar del que el enemigo era dueño i señor con su escuadra. Necesitamos jefes que resuelvan por las vías normales de la estrategia los problemas de nuestra

[1] Cosa muy distinta ocurría hace seis siglos en los ejércitos indios de los incas que gobernaban estas comarcas. Gonzales Suarez nos refiere en buenas palabras como “movilizaban” sus tropas aquellos previsivos gobernantes: “Para el sostenimiento de las tropas en tiempo de guerra tenían almacenados en los trojes públicos de cada provincia una gran cantidad de granos, de vestidos, de armas, de vituallas para el uso de los soldados. De este modo tan previsivo evitaban los Incas las molestias que el paso de los ejércitos suelen causar a los pueblos amigos hasta en las naciones más cultas” (Hist. del Ecuador Tomo 1º pag. 228)

[2] Otro historiador, tan documentado como el nuestro, Prescott coincide en las apreciaciones con estas palabras: “Cuando los españoles invadieron el país, encontraron esos depósitos, i uno de ellos en el valle de Jauja contenía 5.000 fauegas, según el cronista Ondegardo. De allí que se prohibía a los soldados de los Incas causar el más leve daño en la propiedad del territorio que cruzaba i el que violaba esta orden era castigado con la muerte. Lejos de ser una contribución a la faena del agricultor, ni aun siquiera una carga inmoda para su hospitalidad, los ejércitos imperiales atravesaban el país de un extremo a otro sin causar más molestia a sus habitantes que una procesión de pacíficos ciudadanos o una reunión de milicianos que se citan un día de fiesta para divertirse con una revista. (Pag. 23 de las “Observaciones sobre la Civilización de los Incas”)

Este aprovisionamiento es un cuadro menos sugestivo, de menos colorido acaso que el ofrecido por los ejércitos europeos de hoy en ese mismo marco?

(2) Bulnes, Tomo 1º de La Guerra del Pacífico.

guerra y que no confundan la temeridad con la osadía. Vale más un Oyama dirigiendo su ejército diez kilómetros atrás del frente, en Mukden, i no un Gripem-berg animando a sus soldados en primera línea en Sandepú.

Necesitamos, en fin, maestros para poder concebir fundadas esperanzas de mejoría i necesitamos más reflexionar mucho el rol que vamos a concederle a esos maestros, para no obligarlos a que aren en campo sembrado de resistencias i emulaciones.

Debemos imitar el procedimiento de países que sufrieron nuestra misma situación de hoy i recordar que Chile con Korner i el Perú con Clément hicieron lo único racional: entregarles a esos señores la Jefatura de Estado Mayor General con la suma de autoridad necesaria para imponer disciplinariamente la reforma. Esta se logró así en ambos países i si así no procedemos aquí, podremos des- contar por adelantado un nuevo fracaso de la misión militar cuyo servicio de- mandemos.

Inútil pensar en tener ejército sin cabezas que lo dirijan: cualquier con- flicto armado en tales condiciones es un suicidio.

La política ferrocarrilera sujeta primordialmente a las necesidades nacionales.

Una de las manifestaciones más típicas de nuestra ingenuidad nacional es el clamor por ferrocarriles al Oriente, porque ellos, aseguran todos, son el riel reivindicador que nos devolverá esas comarcas, abriéndolas al Progreso como lo hicieron con el Far-West americano los rieles del Transpacífico.

Nada más absurdo i alejado de la desnuda i terrible lógica de los hechos. El ferrocarril Transpacífico i, como él, todos los caminos de hierro colonizadores, penetraron a regiones vírgenes donde el hombre no había puesto su planta para disputarlas, mientras que en el Oriente ecuatoriano hai establecida por el usurpador toda una población floreciente, cuyo puerto de exportación -Iquitos- tiene un movimiento aduanero cuatro veces más importante que el de Guayaquil.

El sistema de ferrocarriles al Oriente no es, pues, un procedimiento reivindicador, porque no podemos desalojar colonos ya establecidos sin fuerza con qué obligarlos. El día que los rieles lleguen al primer establecimiento peruano tendremos que dejar picos i lampas i requerir las bayonetas si queremos proseguir el trabajo.

Con tales ferrocarriles vamos como Don Quijote contra los molinos, pues en el Oriente no está el verdadero enemigo. Allí hai colonos peruanos que permanecerán en el sitio que ocupan mientras su país pueda contenerlos con su ejército en occidente i su marina en el Pacífico. Tras la política peruana de colonización i acaparamiento del Oriente hai una fuerza respetable que la propicia i garantiza; el problema para el Ecuador no es sacar esos colonos sino equilibrar esa fuerza; el día que tal cosa suceda los colonos estarán desamparados i tendrán que dejar libre el campo.

Para equilibrar esa fuerza hai que reunir las nuestras que yacen hoy disociadas por muchas razones, algunas de las cuales dejamos expuestas ya en el curso de estas líneas. Ahora vamos a tratar de otra esencial de ellas, la relativa a comunicaciones entre las diversas regiones vitales del país.

Ya aquí hemos traslucido también nuestra opinión contraria a todo lo que sea ferrocarril regional i hemos expuesto los funestos resultados de querer tales vías sin que ellos se sujeten a un plan netamente nacional, i sin que, a la par que su construcción, se organice un ejército que los defienda, cuando recorren regiones fronterizas.

Bajo la base que nuestra milicia sea fomentada por los poderes públicos i por el entusiasmo ciudadano, voi ahora a tratar de los ferrocarriles necesarios que, mirando siempre a la defensa del país, redunden a la vez en beneficio de su desarrollo comercial o agrícola. Porque no podemos soñar en construir, como los estados europeos, vías férreas exclusivamente militares i allá mismo son contadas las que solo en tal objeto se emplean, pues siempre se procura coordinar una necesidad con otra.

Tenemos un ferrocarril en operación que recorre el eje maestro de la república entre Huigra i Quito, pero al Norte de Quito i al Sur de Huigra existen aisladas dos regiones que presentan las siguientes particularidades:

- 1º Son precisamente las fronteras internacionales con el Perú i Colombia.
- 2º Por esos territorios corren las líneas defensivas históricas del país, tales como el nudo de Tarquí i los ríos Guailabamba, -Mira-Chota.
- 3º Presentan en sus abruptas serranías posiciones defensivas capaces de constituir la frontera militar de la nación.
- 4º Son regiones ricamente productoras para el sostenimiento i alimentación de ejércitos numerosos.
- 5º Desgraciadamente no tienen el menor enlace sólido con el corazón del territorio i están por lo tanto expuestas a una ocupación enemiga.
- 6º Son provincias muy pobladas i sus habitantes se han distinguido siempre por su alto espíritu militar, lo que proporcionaría elementos valiosos para basar en ellos la concentración del ejército.
- 7º La región Sur es limítrofe con el Perú i ésta nación posee cerca de la frontera un ferrocarril estratégico de Paita a Sullana.

La deducción de estas observaciones es obvia: necesitamos enlazar esas regiones con el resto del país por medio de vías de comunicación, carreteras i ferrocarriles.

I si consideramos que por el norte no hai ahora amenaza sino por el Sur, fácil es deducir también que el primer ferrocarril o carretera que debemos construir es el de Huigra a Cuenca i Loja que llenará una necesidad militar impostergable, incorporando fuertemente a la economía nacional la producción agrícola de esas ricas provincias del Sur i dandonos tambien medio de salvarlas de un atentado. El esfuerzo nacional no escaseará para proseguir simultaneamente la prolongación de Quito a Tulcán, que complementé militarmente al ferrocarril Huigra-Loja, pues si este último se utilizará para el servicio estratégico del ejército de operaciones, aquel otro conducirá desde el extremo Norte de la República los importantes elementos en hombres i vituallas, i, en caso dado, la ayuda material de Colombia. Bajo este aspecto la construcción de ese ferrocarril es pues otra necesidad suprema.

Siempre teniendo en mira la frontera sur, que es donde el peligro arrecia, acordemonos una vez más de la forma como se verificó el despliegue estratégico de nuestro ejército el año 1910, tras de que el General Alfaro condujo al ejército por la vía marítima hasta Puerto Bolívar. Simultáneamente que ésto ocurría, tambien otro grupo de batallones, al mando del General Páez, seguían el cañon interandino i acampaban en las provincias del Azuay i Loja. Estos dos grupos, el del interior i el de la Costa, estaban militar i geográficamente separados por infranqueables obstáculos naturales, que, si se atraviesan a diario por viajeros aislados, no pueden ser salvados por un ejército so pena de salir desorganizado. Esa barrera que separaba a los dos grupos les ponía a merced de ataques sorpresivos que los haría en detalle, ya que el uno no tenía medios de trasportarse rápidamente en auxilio del otro. Las posibles consecuencias de esta grave circunstancia las veremos más adelante, pero a nuestro objetivo hasta por ahora señalar el caso, para que el espíritu menos entendido en achaques militares, advierta la diferencia que habría entre esa situación angustiosa i otra en la que el Ecuador poseyera un ferrocarril paralelo a su frontera, de Puerto Bolívar a Loja, que, siendo en paz la vía de exportación e importación para las comarcas azuayas, prestaría en la guerra el imponderable servicio de unir fuertemente los dos grupos de nuestro ejército, permitiendo de paso revitallar el de El Oro por vía terrestre, en el seguro caso de perder el dominio marítimo del Golfo de Guayaquil, vía única de comunicación i retirada que poseíamos entonces i poseemos ahora para servir al ejército que opere en esa región.

Tal ferrocarril sería la respuesta lógica cuanto imprescindible al ferrocarril peruano Paita-Sullana que da al enemigo enorme superioridad para su concentración i despliegue.

En materia de vías férreas, el Ecuador necesita imperiosamente las tres que acabamos de enumerar, pues ellas llenan necesidades agrícolas i comerciales de las cuatro provincias tan ricas del interior i de la minera del litoral (Imbabura, Carchi, Azuay, Loja i El Oro), i capacitan al ejército para defender el territorio de acuerdo con los más triviales e imperiosos principios i preceptos de la estrategia. En verdad esos tres ferrocarriles debieran ser el A. B. C. de todo proyecto.

Debemos disponer de medios rápidos de concentrar nuestro ejército en un punto dado antes que al enemigo le sea posible sorprendernos. El año 1892 pudo reunirse en Tarqui un ejército diminuto en época que todo el abastecimiento de municiones se calculaba en 120 o 150 tiros por cabeza i por batalla. Hoi un ejército numéricamente igual, requiere un abastecimiento cien veces mayor en volumen, por el gran consumo que hacen las ametralladoras i los cañones de tiro rápido. Pero tampoco es el caso de decidir la guerra con un ejército igual en número al que peleó en Tarqui, porque ahora el enemigo dispone de una organización moderna que le permite desplegar un mínimo de 25 i quizás más de 30 000 hombres. Nosotros debemos pensar por lo tanto en algo semejante i es evidente que no podemos soñar en abastecerlos i reforzarlos a tiempo i en abundancia, desde las bases de aprovisionamiento [1] hasta Loja i el Oro, a través de caminos de herradura i sin otro elemento que la mula como factor de carga.

Voi a poner ante los ojos del lector un ejemplo más, siempre teniendo en mira mi declarada convicción de que no digo nada nuevo, siendo toda mi pretensión la de señalar i pedir que se aplique a nuestro grave caso la terapéutica usada por otros países para el mismo mal en circunstancias similares.

Es el caso de Chile. Este país puso sus cinco sentidos en unir los extremos de su territorio con un ferrocarril que lo atraviesa en toda su longitud, al que empalman ramales transversales. Esa nación tiene sobre su enemiga la abrumadora ventaja de dominar el mar con su escuadra, i sin embargo, se ha preocupado de llenar ese requisito estratégico para no dejar la menor laguna en su organización defensiva. Con cuanta mayor razón el Ecuador, que no domina el mar, debe llenar esa exigencia vital, sin cuyo auxilio cualquier enemigo nos tomará divididos por las vallas invencibles de nuestras cordilleras i nuestros sistemas fluviales.

Chile podría pasarse sin el longitudinal, como se pasó el año 79, embarcando su ejército hasta llegar a Lima, pero el Ecuador no puede pensar en eso, ni aun para llevarlo al Oro, porque no dominamos el mar. Aun suponiendo que pudieramos repetir la aventura de 1910 llevándolo por el Golfo a Puerto Bolívar, al menor fracaso caeríamos en cuenta del error, pues no pudiendo reembarcarlo nos veríamos forzados a efectuar la retirada sobre las provincias andinas, i para este caso, la falta de caminos i ferrocarril con capacidad suficiente, sería el origen de la disgregación del ejército, así como si los hubiere serían la base para una reacción salvadora, al recibir por tales vías el auxilio rápido del resto del país.

En el mismo Chile podemos observar el ejemplo práctico de lo que vale el longitudinal, durante la guerra civil del año 1891. Aunque esa campaña fué de naturaleza interna, las grandes masas de tropa i el renombre de los jefes que las dirigieron, siempre inspirándose en los principios de la guerra, autorizan a citarla como punto de comparación.

Entonces Chile disponía de un ferrocarril que desde Concepción llegaba por Santiago a Valparaíso, recorriendo 600 kilómetros, exactamente la distancia de Tulcan a Loja. Pues bien, a pesar de que el dominio del mar pertenecía a la escuadra revolucionada, el Gobierno, sirviéndose de ese

(1) Huígra-Guayaquil

ferrocarril pudo sostener la situación por largo tiempo, sufrió la gran derrota de Concon i enseguida pudo reorganizar otro ejército con los elementos que trajo desde Concepcion en ese ferrocarril. Que ese Gobierno fuera finalmente vencido en la batalla de la Placilla no aduce nada contra la eficacia del ferrocarril de que se sirvió, pues él condujo cuanta tropa pudo reunir el Gobierno i cumplió así en circunstancias mui complicadas su misión estratégica. Hai que considerar que los revolucionarios dentro del país cortaban con frecuencia la vía i los puentes.

Aun en nuestro sistema embrionario de ferrocarriles podemos hallar un ejemplo de la ventaja que dá úno bien situado, cuando se trata de la defensa del país. Me quiero referir a esa misma campaña de 1910 cuando concentramos en la frontera algunos miles de hombres. Para ello usamos el ferrocarril de Quito a Guayaquil en combinacion con los vapores fluviales para el trayecto a Puerto Bolivar, i nuevamente el ferrocarril de éste punto al Pasaje. Este último prestó servicios que nunca estimaremos lo bastante, i desde entonces nos está mostrando el camino a seguir, pues él cumplió, en la estrecha medida de su capacidad, la misión laboriosa de servir la concentración primero i el despliegue despues, de los tantos miles de soldados que vivaquearon en el Oro mientras subsistió el peligro.

Huieramos tenido en lugar del trozito de Bolivar al Pasaje un ferrocarril mas extenso hasta Zaruma i Loja, i el problema estaba resuelto, teóricamente por lo menos; i huieramos tenido el empalme Huigra-Cuenca-Loja nos huieramos evitado el peligroso transporte marítimo Guayaquil-Puerto Bolivar, que es una solución de continuidad inadmisiblemente estra-tégicamente en las líneas de comunicacion de un ejército.

Ya no vamos a Europa, no vamos a Chile a buscar la experiencia para ejemplo. Aqui la tenemos i de ella podemos deducir lo que debemos hacer. Con ese ferrocarril de Bolivar hasta el Marañón, la situación del ejército ecuatoriano huiera sido superior a la del peruano, pues no huieran estado separados sus dos cuerpos; separacion i aislamiento que no se pueden criticar sin embargo, porque militar i lógicamente nos vimos obligados a ello, pues los peruanos tenían de Paita a Sullana su ferrocarril estratégico, paralelo a la frontera, que les permitía amenazar indistintamente dos objetivos; Loja i el Oro, i de allí que fuimos obligados a dividirnos para atender ambos peligros. No así los peruanos, que concentraron su ejército en Sullana con la certeza de parar cualquier tentativa nuestra, acudiendo en fuerza i con presteza al lugar que amagaramos.

No hai razones económicas de ninguna especie que se opongan a las prolongaciones ferroviarias que expongo. Ellas cumplen con las aspiraciones agrícolas de las importantes provincias de los extremos Norte i Sur de la República, las dejarán íntimamente ligadas a la evolución comercial, i habrán hecho de ellas i las demás un solo bloque de potencia, i resistencia al unir con las paralelas de acero, lo que hoy son meras, vanas esperanzas de lo que PODEMOS SER, si lo queremos así con robusta voluntad i sano patriotismo.

En este orden de ideas soi franca i noblemente enemigo de la idea de un ferrocarril al Curaray, noble i franco empeño de un gran ecuatoriano

que por otros más legítimos méritos, tiene ya su página en el gran libro de la historia patria: Luis Martínez.

El ferrocarril al Curarai i otros más por el estilo, tantos cuantos lo permitan las cortaduras de nuestros Andes Orientales, deben hacerse, se harán, quiero así creerlo, cuando el Ecuador haya obtenido la certeza de que sus rieles van a tenderse sobre un terreno donde no hai probabilidades de encontrar oposición. Mientras esto no sea así, las energías que malgasta hoi esa obra deben dirigirse a neutralizar esa oposición en el terreno donde se decidiría la controversia. Tan efectivamente como se ha jugado en suelo de Francia la suerte de las colonias alemanas del Africa, la de Montenegro, de Serbia, de Belgica, de Rumania, se jugaría en suelo de Loja, Oro i Guayas la suerte del territorio oriental allende los Andes. I esa solución puede venir, no lo olvidemos, tanto de una guerra, como de una vigorosa exteriorización de unidad i poder que haga meditar al enemigo, antes de proseguir en su atropello.

No hai la más remota razón militar que aconseje un ferrocarril al Curarai, i las aparentes razones colonizadoras que se dan en su favor, disuenan estrepitosamente con la vergonzosa realidad que el territorio donde se dirige esa linea está en poder de un extraño. Guardémonos de argumentar que a esos extraños acampados en el Oriente los sacaríamos con la tropa que llevara ese ferrocarril: ni un solo soldado peruano iría a defenderlos a esas soledades, porque eso no es militar, pero, antes de mucho, tendríamos el Pacífico clausurado por la escuadra peruana i un ejército acampado en la frontera habitada.

El ferrocarril al Curarai debe hacerse cuando tengamos modo de evitar esa contingencia, en verdad no contingencia sino dolorosa certidumbre.

Al lado del gran problema militar que implica la defensa de la frontera i cuya solución facilitan el ferrocarril longitudinal i el ramal a El Oro, tenemos que considerar un problema secundario, pero no menos atendible por su íntima ligazon al principal, del cual es realmente una prolongación.

Es el problema de Guayaquil, que si unido hoi al interior del país por el ferrocarril a Quito, i defendido del lado sur por el profundo i complicado sistema fluvial Guayas-Salado, presenta al Oeste acceso libre a un ejército venido de Santa Elena. Por eso, éste problema es la continuación lógica del problema fronterizo, puesto que Guayaquil guarda la extrema derecha de esa frontera, i constituye una posición de flanco que requiere ser defendida para no ser eliminada. Cuestión esta que expondré a su turno, toca ahora hablar de las comunicaciones que tal defensa exige i que no son otras que vías rápidas hacia los desembarcaderos de la costa: Salinas i Playas.

Sin exponer el menor objetivo militar se está construyendo, quizás inadvertidamente, un espléndido camino que resultará utilísimo para tal caso i cuya índole hoi es puramente higiénica i sportiva, tratando de unir Guayaquil a sus balnearios. Pero intuitivamente ese anhelo traduce una necesidad nacional, porque esa vía conducirá a los dos lugares más indicados para servir la defensa de Guayaquil. Faltaría nada más que un poco de voluntad de parte de la Junta que tiene a su cargo los trabajos i que ella oyera la opinión de técnicos milita-

res respecto a su trazado, especialmente al del ramal de Amén a Playas que tiene mayor conexión con la defensa del Guayas i Salado.

Después de estos ferrocarriles, que vengan cuantos más se puedan a fomentar la agricultura i el comercio, a unir más estrechamente provincias que hoy son colonias por lo incipientes, alejadas i preteridas, i a coadyuvar armoniosamente a la consecución del ideal nacional.

Pero mientras no aseguremos lo más precioso, debemos abolir de nuestro modo de ser todas las prácticas que tienden a debilitarnos, queriendo hacer a la vez todo para no hacer nada.

El sabio historiador Gonzáles Suarez nos pone a la vista en el tomo 1º de su Historia del Ecuador, las teorías de los Incas respecto a caminos i la manera como las pusieron a la práctica, relatándonos que Humboldt, "que observó algunos vestigios de la vía real de Quito al Cuzco, no vaciló en compararla con las antiguas vías romanas, trabajadas por los dominadores del mundo entonces conocido" pág. 197, i continúa:

"Los caminos de los Incas fueron dos, el úno llamado de los llanos i el otro la vía real de las cordilleras..... El segundo seguía la dirección de la gran cordillera oriental de los Andes i servía para poner en comunicación las provincias de la sierra. El camino de los llanos no existió en el territorio que ocupa hoy el Ecuador, ni se trató de trabajarlo sin duda por temor del clima, mortífero de nuestras costas, por la mala condición de los terrenos, que en invierno se convierten en pantanos profundos No así el camino de la sierra o la vía real de la cordillera. Esta principiaba en el Ecuador desde el territorio de Tulcán cerca del pueblo de Huaca, i *atravezando toda la extensión de la República*, entraba en el Perú..... Respecto de la anchura del camino varían los historiadores, pero todos ponderan lo admirable de la obra i lo laborioso de su ejecución: puntos había donde primero se había formado el suelo i dado consistencia al terreno para labrar despues el camino: se había llenado abismos, tajado rocas durísimas i secado tremendales; en unas partes el suelo estaba apelmasado a golpes de maza i endurecido con artificio; en otras como en los terrenos cenagosos del páramo del Azuay, se lo había embaldosado con grandes sillares ajustados por medio de una mezcla de cal i arena cuyo secreto pereció con los Incas." [pág. 198-200].

Tan evidentemente cuerdos como los Incas serían hoy los gobernantes que repitieran esa vía dándonos el longitudinal.

Necesidad del concurso de la Marina. La experiencia universal en este sentido.

La costa del Ecuador tiene un desarrollo de 825 kilómetros todos vulnerables, i su frontera terrestre con el Perú, en la parte vulnerable tambien, mide 375 kilómetros. Llamo vulnerable todo aquello que, siendo accesible al ejército o a la marina, caería dentro de la órbita de las posibles operaciones de guerra, en la costa todo su recorrido, i en tierra toda la frontera desde Tumbes hasta encontrar el Marañón, pues más allá, hacia el Oriente, es militarmente utópico pensar en operar en grande ni pequeña escala.

Estas dos sencillas medidas, 375 i 825 kilómetros, hablan de por sí, i lo hacen elocuentemente. El Ecuador tiene mas puntos débiles del lado del mar que del lado de tierra. El enemigo puede escojer entre 825 kilómetros mucho más puntos débiles que sobre 375.

En esos 825 kilómetros de costa no tenemos guardian, lo que acaso sí podríamos asegurar modestamente para los 375 kilómetros de frontera terrestre.

La costa del Ecuador está abierta para la primera audacia, si es que audacia puede llamarse el hecho de que el enemigo cosechara sencillísimamente los frutos de nuestro imperdonable descuido.

Tampoco en este aspecto de su suerte sería el Ecuador la excepción, porque si hai alguna regla que no las tiene, que no las admite, es aquella que coloca al débil irremisiblemente a merced del fuerte.

La Historia Inglesa es un monumento heroico a la Marina de guerra, desde los corsarios de Drake hasta los dreadnoughts de Beatty, de cuyas torres una orden puede convertir al mundo en una torre de Babel, de cuyas torres Inglaterra adormece a los oceanos con el suave "Britannia rule the waves":

Pero no es allí, en ese especialismo cuanto necesario poder naval, donde vamos a hartiarnos con los ejemplos mil del rol decisivo de la Marina de guerra en todas las crisis históricas, inclusa la presente. Podemos encontrar lecciones más transportables a nuestro modesto escenario en guerras más características, cuando la marina no ha sido el instrumento único de la victoria, como es lo que sí ocurre en casi toda la historia inglesa en la que su ejército ha jugado papel secundario, aunque lucido.

En la guerra chileno-peruana, en la chino-japonesa, en la hispano-yankee, en la ruso-japonesa tenemos bastantes materiales, sin el menor sabor ingles; para sacar deducciones en pro de nuestro objetivo.

Durante el conflicto de Chile i Perú observaremos el rol decisivo de la marina de ambos contendores en las dos fases de la guerra. En la primera el Perú se demuestra dueño del mar con la hábil dirección de su marina, que reduce al ejército chileno a una espera forzoza mientras la flota intenta desequilibrar la fuerza de la peruana. El episodio de Angamos es el punto de unión que separa i distingue ambas fases. Con la captura del Huascar se abren anchos horizontes al problema militar. Inmediatamente el ejército chileno abre campaña sobre Tarapacá embarcándose en 14 vapores que lo condujeron desde Antofagasta hasta Pisagua, bajo la custodia de la escuadra. En toda la penosa campaña de Tarapacá esa escuadra cumple religiosamente su cometido que es esencialismo: ella es nada menos que base de provisiones del ejército i su presunto albergue en caso adverso. Suprimámos imaginariamente esa escuadra de las espaldas del ejército chileno entonces i se nos llenará la imaginación automáticamente con la visión de Tacna i Arica peruanas para siempre desde ese instante.

Imposible pensar en una campaña semejante si hubiera sido indispensable basar ese ejército en tierra firme chilena, (en esa epoca sin ferrocarriles) pues solo la custodia de las líneas de comunicaciones habría absorbido más tropa que el total del ejército.

Quando concluyó la campaña en Tarapacá se reembarcó ese ejército i siempre amparado por la escuadra, emprendió campaña sobre Tacna i Arica. La base móvil que lo proveía siguió llenando su cometido i la segunda campaña se coronó con el brillante asalto de Arica.

Por tercera vez se embarcó el ejército en ese puerto conquistado i desembarcó i ocupó la rica provincia de Ica.

Por cuarta vez volvió a repetir el movimiento, para emprender la campaña final sobre Lima, desembarcando esta vez, siempre bajo el amparo de los cañones de su escuadra, a solo 60 kilometros de Lima, en Chilca, desde donde tomó el camino de su objetivo que alcanzó tras operaciones combinadas con la escuadra en las batallas de Chorrillos i Miraflores.

Este último episodio es una demostración concluyente del papel vital que jugaba la escuadra chilena, pues el objetivo peruano en esa empresa desleal (mediaba un armisticio) no fué otro que cortar la retirada de los chilenos hacia su escuadra, con lo cual hubieran recibido un golpe de gracia el momento que iban a recojer sus laureles.

Gracias a su marina, Chile puede ufanarse de haber operado con un ejército de 30.000 hombres a 2.700 kilómetro de su base en Valparaíso, pero respaldado por una escuadra que nunca estuvo a más de 60 kilómetro de él.

El Capitán Luis Langlois de la Marina Chilena critica en su estudio "Influencia del poder naval", la conducción de la campaña, pues alega con evidentes i sobradas razones, que tras la captura del "Huascar" debió herirse al Perú en su punto vital, haciendo enseguida el desembarco cerca del Callao, i ahorrándose así las sangrientas campañas de Tarapacá i Tacna que dejaron tiempo al Perú para prepararse en la forma que lo hizo. Estas observaciones cooperan a la teoría que motiva este capítulo pues

prueban que con el dominio del mar se pudieron cometer errores que a la postre no comprometieron el éxito, si bien lo hicieron más costoso o más tardío.

En nuestra propia historia interna tenemos la comprobación de esta aseveración. El año 1913 el Gobierno tuvo el dominio del mar durante la campaña de Esmeraldas i el ejército sufrió revés tras revés, pero siempre halló en nuestra diminuta escuadra el amparo que necesitó; se cometieron errores a cada paso, pero dueño el Gobierno del mar nunca su situación fué mala, a pesar de la superioridad táctica que obtuvo sin disputa su adversario, quien a la postre, sin salida libre al mar, tuvo que desistir de su empeño revolucionario.

Veamos en cambio el caso opuesto, el de una revolución dueña del mar, i antes de revistar ese caso, no se crea que los ejemplos de guerras civiles son inútiles o inconducentes cuando se discute de guerras internacionales; todo lo contrario, en las grandes revoluciones hai mucho que escarbar en materia de táctica i hasta de estrategia, i maestros como von der Goltz, no se eximen de citar la guerra civil de secesión en los Estados Unidos en su gran obra sobre la "Dirección de la guerra".

Oigamos pues, al ya citado Capitán Langlois discurriendo en su obra "Influencia del poder naval" acerca la decisiva participación de la Marina en la revolución contra Balmaceda:

"Para nuestro estudio pocas campañas han puesto mas en evidencia la profunda influencia que el poder naval tiene para Chile en una Guerra. La armada tomó la ofensiva i el ejército con una flota inferior la defensiva, con el resultado que la primera obtuvo el triunfo final.

"Tan recientes están los hechos de aquella fatídica guerra i como gran parte de sus actores viven o desempeñan funciones publicas, estimaremos conveniente no estudiar los sucesos que acaecieron sino examinar los resultados finales.

"La Armada no contó con un ejército al comenzar la guerra, pero gracias a su predominio del mar, cruzó todo el territorio, se abasteció de víveres i elementos i organizó fuerzas de desembarco que ocuparon el Norte de Chile, la caja de fondos del país cayó en su poder i pudo levantar un ejército considerable.

"El poder naval había triunfado. A pesar de los heroicos esfuerzos de la tropa Gobiernista, de sus marchas memorables i concentraciones bien ejecutadas, no poseían el apoyo del mar i tenían que ser batidos en detalle. Los refuerzos enviados del sur a pesar de la pericia gastada por los comandantes de los transportes, no podían ser un factor seguro, así, el Imperial, estuvo a punto de caer en Antofagasta i no hai duda que así habría pasado si hubiese continuado en sus correrías que eran éxitos pasajeros.

"En una gran guerra civil como ésta no pueden aplicarse sin limitaciones o variaciones los principios que gobiernan las guerras. Su naturaleza misma hace entrar en ella factores peculiares i únicos, como son la lealtad de la tropa, la relajación de la disciplina, el apoyo secreto o parcialidad de los neutrales, en fin que obligan a cambiar los planes de campaña para concebir operaciones que parecen a primera vista imposibles

de realizar. De aquí pues la imposibilidad de formar un juicio exacto sobre la competencia de los directores o la aplicación correcta e imparcial de los principios tácticos i estratégicos.

"Balmaceda convencido de que sin poder naval de alguna importancia le era imposible intentar ninguna operación con los revolucionarios que eran dueños de todo el Norte i que se mantendrían allí mientras no perdieran su predominio marítimo, abandonó toda idea de enviar expediciones como la del "Imperial" i se preocupó de organizar fuerzas navales para batir las del enemigo. Sus agentes en Europa trabajaron sin descanso por adquirir buques i se llegó hasta a tratar con Grecia para adquirir los blindados que se construyeron en Francia, pero fracasaron estas negociaciones; intentó entonces ceder el "Prat" en cambio de otro buque o dos cruceros, pero igualmente se frustró esta combinación. Mandó acelerar la construcción del "Errázuris" i "Pinto", pero los agentes revolucionarios no perdían momento i se oponían a todas estas negociaciones i materialmente impedían el pronto alistamiento de aquellas naves.

"A pesar de la pérdida del "Blanco" i de las continuas correrías de los cazatorpederos gobiernistas, el partido progresista pudo seguir su avance i dominación territorial gracias al predominio efectivo del mar. Protegido por el núcleo poderoso de la Escuadra, trasladó por mar el ejército de operaciones que vino en Quintero a atacar el corazón del contrario. Este ejército contó con la protección de los buques i aún en Conceón con los fuegos de sus cañones que contribuyeron a segurar la victoria.

"Puede decirse que la dirección de la campaña fué mui bien llevada a cabo por parte de los constitucionales; los éxitos de la flotilla de Balmaceda cuyos comandantes demostraron intrepidez, habilidad i valor, no fueron sino pasajeros, i no podían ser de otro modo. Para vencer se necesita "poder" i en el mar este poder lo representa la "flota de combate"; esto es los buques acorazados capaces de resistir i atacar. Los cruceros i torpederos tienen misiones auxiliares, cooperan en las operaciones ofensivas con su rol especial; son los ojos, los centinelas i atacan por sorpresa o para efectuar raids, para hostilizar líneas de comunicaciones i el comercio enemigo; pero el poder, la potencia ofensiva descansa en la flota de combate. En la campaña del Perú i en la civil, como en las guerras modernas del siglo XIX así se ha demostrado de una manera incontrovertible.

"Ahora bien, esta campaña nos enseña con marcada evidencia que en caso de guerra exterior, un enemigo que posea una flota considerable superior a la muestra, despues de adquirido el dominio del mar, podrá tomar una base de operaciones i emprender una campaña de invasión. El longitudinal es una arteria débil, frágil, que no respondería en absoluto a las exigencias que se le demandarían. Necesita entonces el país mantener su supremacía naval para ponerlo a cubierto de cualquier agresión. Esta supremacía será LA MEJOR GARANTIA DE LA PAZ".

Intencionalmente he transcrito éste párrafo que aparentemente da argumento contra mi opinión expuesta en el capítulo anterior sobre Ferrocarriles. Sin embargo debe considerarse que el autor de "Influencia del poder naval" es un marino, que escribía para un Certamen nacional cuando el Centenario chileno e inevitablemente el carácter de su trabajo le hacía

realzar cuanto más pudo los tópicos de su tema. No quiero tampoco decir con esto que no encierre una verdad relativa la afirmación del Capitán Langlois. Efectivamente, el longitudinal chileno es una arteria débil i frágil por dos razones capitales:

- 1° Por su enorme extensión de 2.700 kilómetros desde Puerto Mont hasta Tacna, lo que indudablemente se traduciría en la práctica en debilidad funcional.
- i—2° Porque la configuración geográfica de Chile obliga inevitablemente a llevar ese ferrocarril muy cerca de la costa, lo que constituyó su fragilidad al resultar así accesible a un desembarco enemigo. De allí deriva la necesidad de un poder naval que aparte esa contingencia.

Ninguna de estas dos graves razones acompañan a nuestro longitudinal, pues solo mediría 600 kilómetros del Carchi al Macará i estará ubicado tan lejos de la costa i tan defendido por los Andes Occidentales, que nunca un desembarco lo afectaría directamente.

A pesar de esa fragilidad i esa debilidad del longitudinal chileno él es la base de la movilización i concentración de su ejército, operaciones ambas garantizadas por la supremacía de su flota, aunque ella tuviese misión defensiva que basta i sobra para ese fin. I sin duda Chile está ya en éste caso ante el crecimiento del poder naval argentino.

La guerra chino-japonesa i la hispano-americana son también dos ejemplos similares de los resultados que se cosechan cuando se anonada el poder naval del adversario. Las batallas de Yalu i de Santiago de Chile acabaron con las marinas china i española i determinaron los desembarcos inmediatos de los respectivos ejércitos que así tuvieron desde ese instante la victoria en la mano. [1]

En la guerra ruso-japonesa se advierte desde el primer instante la preocupación del estado Mayor japonés para conseguir el dominio del mar, cuando lanza su ataque sorpresivo sobre Port Arthur, con el fin de inutilizar la escuadra rusa i poder trasladar su ejército al continente. Los rusos a su vez luchan por quitar la ventaja que con esa acción obtuvo el adversario, i en las batallas de Agosto 10 i 14 toma forma esa exigente necesidad, sin lograr con esas acciones el menor éxito, antes bien sufriendo un fracaso definitivo en el camino de conseguir su precioso objetivo, pues los buques que lograron romper el bloqueo se refugiaron en puertos nuevos o fueron hundidos. Rusia comprende que ese fracaso compromete inevitablemente el éxito de su ejército i que mientras el japonés tenga libres sus comunicaciones por el mar, estará en situación estratégica superior, toda vez que las líneas de comunicación rusas estaban reducidas al único ferrocarril transiberiano con 20 días de viaje desde Moscow, mientras que las japonesas solo toman dos días de transporte marítimo i dos terrestres. Entonces organiza la Escuadra del Báltico i pone en ella su última esperanza cuando la despacha para los mares del Oriente, esperanza que se esfuma en la más decisiva batalla naval de nuestros tiempos. Cuan grande fué el

[1] El Mayor Kunz, que ya he citado otra vez, dice en su libro sobre la guerra de Cuba "Un aspecto completamente distinto presenta cuanto se refiere al poder naval de las dos naciones rivales. En este punto la superioridad de los americanos era absoluta i solamente a ella debieron la victoria" (pag. 25)

éxito i cuanto influyó en los rumbos de la guerra, lo demuestra el hecho de haberse iniciado las negociaciones de paz enseguida, cosa que no ocurrió cuando el desastre del ejército ruso en Mukden, también uno de los triunfos mas grandes de la historia moderna, antes de la guerra europea. (1)

Es pues a todas luces evidente que, grandes o pequeños, los países necesitan marina adecuada a sus necesidades i que nosotros debemos preocuparnos activamente de obtener, élla mediante, la seguridad de impedir cuando menos un desembarco, un bloqueo o un bombardeo, es decir defendernos como mínimo.

Debemos tener presente que en cualquiera de los planes del adversario entra como factor decisivo su Marina, i el Ecuador en cambio carece absolutamente de ese apoyo tanto en su faz ofensiva como en la defensiva. No podemos acariciar la idea de bloquear el Callao; todo lo contrario, tenemos que torturarnos con el pensamiento de que los bloqueados seríamos nosotros.

La Marina indispensable.

El Ecuador no es un país rico i hasta que lo sea, que sí puede serlo holgadamente, no puede echarse encima la dura carga de un presupuesto de guerra que pese exageradamente en su economía.

Bajo este concepto la Marina, instrumento costosísimo de mantener, no puede aspirar por ahora a objetivos netamente ofensivos como la de Inglaterra sobre Alemania, la de Chile sobre el Perú, la del Japón sobre la China. Su papel debe de ser de una activa defensa i su constitución de acuerdo con ella, lo que naturalmente se excluye la idea de atacar en circunstancia oportuna si los elementos se estudian i adquieren propósito, cuestión que puede muy bien obtenerse como lo ha demostrado la escuadra alemana en la última guerra, i lo demostró la peruana en la primera fase de la guerra del Pacifico.

Con ese fin, qué clase de buque vamos a necesitar? Opiniones autorizadas hemos conocido que se deciden por cruceros de tipo "Chacabuco" gran velocidad, poderoso armamento i relativa protección. Esta clase de buques serían manifiestamente ofensivos puesto que uno de ellos sólo tendría un coeficiente de combate superior al de los dos cruceros peruanos juntos, pero tienen esos buques varios inconvenientes que no presentan otros tipos i que tratamos de condensar en las siguientes conclusiones:

(1) El Capitán de navío N. L. Klado estima tan primordial la cooperación de la marina que en su libro "Después de la partida de la segunda escuadra del Pacifico" pag. 70 de la traducción francesa, expresa así su opinión: "Comprendamos bien que nuestras derrotas en el mar resultan también derrotas en tierra. Conviene hacer hincapie en breves palabras acerca toda la importancia de la cooperación de nuestra flota con nuestro ejército; conviene explicar que si todas nuestras empresas por tierra han fracasado hasta hoy, no hai que buscar otra causa que la debilidad de nuestra escuadra".

1º.—El costo de un crucero tipo Chacabuco implicaría para el Ecuador un sacrificio de dinero superior a sus fuerzas. No menos de cinco o seis millones vale hoy un buque semejante.

2º.—El sostenimiento requeriría un desembolso mensual considerable, superior a cuarenta mil sucos.

3º.—Repuestos i consumos serían difíciles de hallar en el comercio de Guayaquil.

4º.—Daños de cierta importancia serían de imposible reparación con los elementos navales del país.

5º.—Tal buque no tendría donde limpiar sus fondos, lo que nos obligaría a expedirlo al exterior en busca de dique lo que aumenta los gastos i presenta ciertos inconvenientes.

6º.—Personal completo para tripularlo sería difícil de hallar en el país i tendríamos que completarlo con extranjeros, cosa que ocurre aun en marinas mas desarrolladas como la chilena i la americana.

7º.—La pérdida de un buque de esa clase, el único que tendríamos, pues más es imposible que pudiéramos adquirir i sostener, nos dejaría con los brazos cruzados. Esta emergencia debe tomarse muy en cuenta a la hora de decidirse, puesto que todo navío tiene su existencia fiada al azahar. Un naufragio casual, un torpedo bien dirigido, lo suprimen en pocos momentos.

8º.—El calado de buques de ese desplazamiento no permite su acceso a todos los puntos de la costa i ríos nuestros, i así su campo de acción sería restringido.

9º.—Una sola unidad naval no podría atender simultáneamente dos o tres objetivos que pudieran presentarse a la vez.

10.—En cambio navíos pequeños i rápidos podrían ser adquiridos con facilidad por el erario nacional i poco a poco, a medida de sus posibilidades.

11.—Su mantenimiento sería barato i dentro de la capacidad financiera del Ecuador.

12.—Sus reparaciones son de fácil ejecución i con materiales fáciles de conseguir.

13.—Gracias al pequeño calado esos buques pueden vararse con ciertas precauciones, en cualquier playa para limpiar fondos rápida i frecuentemente.

14.—Requieren poco personal que puede integrarse con elementos nacionales.

15.—Como gracias a su poco costo se podrán adquirir varios, no quedaremos expuestos a que la pérdida de uno nos deje imposibilitados, como ocurriría con el hundimiento de un solo buque grande.

16.—Tambien con su poco calado toda la costa podrá ser vigilada hasta las desembocaduras poco profundas de los ríos. Encontrarán buenos puertos de base o de refugio en los ríos i esteros tan abundantes en la Costa i Puná.

17.—Con varios buques, aunque sean pequeños, se pueden combinar movimientos dividiéndolos en grupos que actúen con un fin o dividiéndolos para dividir tambien la atención del adversario, atacandolo sorpresivamente en varios puntos.

18—En caso de combate el enemigo tiene que atender simultáneamente tres o cuatro atacantes a la vez i no logrará la concentración de sus fuegos teniendo que repartirlos sobre varios blancos, lo cual no sucedería si le ataca un sólo buque grande.

19—En buques pequeños tiene campo de acción adecuado el espíritu de audacia que es francamente una de nuestras fuerzas nacionales.

20—Con buques grandes hai obligación de ser prudente, pues su pérdida acarrearía consecuencias graves, lo que no ocurriría con la de un buque pequeño habiendo otros que lo remplazarían.

21—Buques pequeños realizarían la "defensa móvil" de Guayaquil en el sentido que se la interpreta por los técnicos europeos. Su eficacia se ha puesto en relieve durante la campaña defensiva de las costas alemanas. El Golfo de Guayaquil i la costa en general no estarán a merced de los dos cruceros peruanos, si ellos saben qué hai en el río Guayas cuatro o seis destroyers modernos apoyados en buenas bases i tripulados por gente audaz.

22—Este tipo de buques es el único que se presta a atacar un fondeadero. Sus pequeñas dimensiones lo hacen casi invisible a distancias relativamente cortas i su velocidad los convierten en blancos difíciles de alcanzar i capaces de ponerse fuera del campo de tiro en breves instantes. Sus torpedos los hacen el terrible rival de los buques grandes.

23—La experiencia de la guerra europea es concluyente en lo que se relaciona con el éxito de los destroyers como defensa anti submarina, de modo que tambien este tipo de buques está indicado para el Ecuador como arma de equilibrio contra los dos sumergibles peruanos.

24—Varias unidades iguales con piezas intercambiables serían el desideratum de la homogeneidad tan reclamada por la estrategia naval i en caso de inutilizarse parcialmente una de ellas, sus piezas servirían admirablemente para reponer las de sus compañeros.

25—No sería posible opinar a priori sobre la conveniencia de usar submarinos en nuestra defensa. Punto difícil aun i que sería mejor resuelto cuando la guerra europea termine i pue la saberse a ciencia cierta los alcances de esa arma i de sus pretendidos enemigos.

Pero sean destroyers, torpederos de alta mar, o submarinos lo cierto es que ya mismo necesitamos marina, so pena de continuar expuestos a un bochorno.

Indispensable labor de paz por el Estado Mayor.

Generalmente se cree que la labor de un Estado Mayor es más importante en la guerra que en la paz por el hecho de que en aquella brilla con todo el esplendor de su pericia o se opaca al influjo de sus deficiencias.

Sin embargo tal convicción es errónea porque tan importante, tan proficua es la obra de un Estado Mayor en la paz como en la guerra: aun más, se puede asegurar que durante la paz se hace una labor de la que depende en gran parte el éxito de la guerra. I es claro que no se puede improvisar de la noche a la mañana un plan propio si falta el conocimiento anterior de los grandes i pequeños detalles que concurren a él con carácter imprescindible. No se puede pensar en defenderse si no se ha madurado en un estudio tranquilo de paz una opinión clara de las propias posibilidades i las del adversario. En la guerra se ponen en práctica las convicciones que el estado mayor ha adquirido i desarrollado en la paz i del acierto o desacierto de ellas surge la victoria o el fracaso.

Esé conjunto de factores que contribuyen a formar esas convicciones son variadísimos, i envuelven una descripción i un conocimiento total del país bajo sus más extraños i recónditos aspectos, i tambien del posible adversario en la medida que lo permitan los medios practicados i usuales para obtenerlo.

Sin ello el plan de un estado mayor resultaría la escritura de un ciego.

La organización de una campaña moderna es un mecanismo complicado. Todos los elementos informativos propenden a darle la mayor eficiencia i sin ese apoyo coordinado i mútuo saltan riesgos i desaparecen probabilidades.

Esos elementos no pueden acopiarse sino mediante una labor prolija, minuciosa i detallada de paz i paciencia, i son, en suma, el resultado del tiempo i la aplicación.

De allí surgen los dos pedestales en que se apoya toda campaña inicial: la movilización i la concentración, de cuya feliz realización depende el curso de la guerra i ellas inspiran las concepciones estratégicas que la resuelven.

Es necesario pues completar el Estado Mayor de nuestro ejército convirtiéndolo en cuerpo escogido de jefes i oficiales en quienes el país deposite su confianza, dándole una orientación precisa i despojándole de ciertas i lamentables tradiciones que lo tienen relegado a un mero engranaje administrativo, a un depósito de militares sin ocupación práctica. I darle fuerza i autoridad para inquirir a través del territorio nacional el cúmulo de datos i premisas con qué cimentar sus capitales labores.

Uno de esos factores que se destacan en primera línea entre tales objetivos es la Estadística general del país, un trabajo de años, siempre incompleto, pero siempre alcanzando al tiempo mediante la acuciosidad de la sección respectiva. Esa estadística comprende un detalle cualitativo i cuantitativo de los elementos con que se podría contar para la movilización del ejército, a saber: Capacidad de cada población, caserío o hacienda para alojamiento de tropa; facilidades de alimentación i bebida; número de bestias de tiro i silla requisables en cada comarca; personal de médicos i cirujanos para adscribir al ejército; capacidad i ubicación de hospitales; construcciones convertibles en depósitos i almacenes militares; número i clase de vehículos requisables; número i clase de embarcaciones para transporte i de botes o canoas para puentes; ubicación i extensión de bosques para madera; leyes i ordenanzas de inmediata aplicación o expedición al estallar una guerra etc. etc.

Esto es a mui grandes rasgos lo más indispensable para disponer una movilización acertada i en ese trabajo el estado mayor cuenta con el apoyo de las autoridades civiles que le darán toda clase de facilidades para el acopio de esos datos. Pero en lo que se relaciona con labores preliminares para disponer planes de concentración i despliegue, la tarea es íntegra del estado mayor i exclusiva de su personal, pues consiste en un estudio mui detallado de las vías de comunicación terrestres, fluviales i marítimas de las que se podría disponer; i de las facilidades que en cada una de ellas pueden encontrarse, su capacidad de carga i transporte, la frecuencia con que se pueden correr trenes en tal o cual dirección, la clase i calidad de carros i su aplicación en cada vía férrea, la resistencia de puentes en los caminos, la amplitud de las carreteras, el ancho de los ríos i la descripción de sus vados, las variantes que las estaciones producen en las regiones tales como inundaciones de invierno, nieblas, sequías, la posibilidad de hallar corrientes de agua potable etc. etc.

Base i trasunto fiel de estos datos es la carta militar de la nación, de la cual carecemos en la más amplia extensión de la palabra. Esa carta debe ser uno de los más preferidos empeños del Estado Mayor, i con la base del mapa de Wolf pudiera complementarsela, o aunque fuese detallarla en sus rasgos más interesantes, mediante el trabajo incansable de unos cuantos grupos de oficiales en misión topográfica por las regiones del sur siquiera. Tal misión sería doblemente productiva, porque a más del levantamiento de la carta militar conseguiríamos que un numeroso núcleo de oficiales se familiarizara sobre el terreno con los detalles i características militares de las comarcas más importantes del país bajo este punto de vista, viniendo a resultar de ello un verdadero viaje de estado mayor, de los que se prescriben en todos los ejércitos para estudiar de visu el posible teatro de operaciones, adquiriendo así el Estado Mayor conocimientos controlados para sus estudios i proyectos.

Nada de eso se puede obtener en los momentos azarosos que preceden un conflicto, porque durante ellos es cuando más se miente i se exagera i cuando más fatalmente se evidencia la inferioridad de los países descuidados.

Gran parte de las incertidumbres que brotan al iniciarse una guerra son resultado del completo desconocimiento de los detalles propios o del adversario i así se pierde lamentablemente el tiempo que gana en consecuencia el mejor preparado, o el que no lo está del todo para terminar sus aprestos.

Cuando la guerra de Chile con el Perú, el Estado Mayor chileno no tenía nociones precisas de las posibilidades estratégicas que se le presentarían ante sí; ésa incertidumbre se traslució hasta el país i entonces el público se convirtió en estado mayor, pidiendo i exigiendo en todos los tonos la ocupación de la línea del Loa como la medida más estratégica para resolver la guerra. Lo que quiere decir en la práctica esa falta de labor preparatoria de paz por parte de un estado mayor, lo vemos en relieves mui negros durante esa guerra de Chile.

Sin estudios preliminares sobre la guerra el Estado Mayor chileno tampoco tenía, en consecuencia, doctrina para acompañarse en el primer paso del conflicto. A tal extremo llegó esta deficiencia que cuando el Gobierno ideó apuradamente el plan de abrir las hostilidades mediante el bombardeo del Callao, el Almirante de la escuadra al recibir las instrucciones, resolvió por sí i ante sí que *no* i en lugar de bombardear el Callao, se dirigió a bloquear Iquique!

"Las naves que dirigía, con todas sus deficiencias, tenían un poder ofensivo i defensivo superior a las del enemigo, i por una extraña aberración, la escuadra fuerte se inmovilizó delante de aquella plaza, i la débil, dueña del mar, introducía a los sitiados elementos militares, víveres, soldados, en una palabra, cuanto quería por Arica i Pisagua" comenta sobre el particular Bulnes, uno de los historiadores más documentados de esa guerra.

Mal pudo llamarse plan a un mero proyecto de Consejo de Ministros chilenos, porque él carecía de un distintivo que no se puede pasar por alto al formularlo, i éste es el criterio anticipado, discutido i resuelto por un estado mayor profesional al que se sometan desde el momento de la guerra todas las energías i poderes políticos i administrativos de la nación, trabajando de consumo para su realización.

Cuando la resolución del Almirante derrumbó el plan Ministerial hubo que pensar forzosamente en otro, desde que el Ejército peruano se reforzó considerablemente en Tarapacá.

Entonces maduró el plan de desembarco en Iquique i se ultimaron al parecer los detalles. Pero la víspera de iniciar la operación, el General Arteaga, jefe del Ejército, descubrió que los parques chilenos solo podían suministrarle 250 tiros por cabeza en vez de 1000 que consideraba como mínimo necesario.

Oigamos a Bulnes en esta emergencia;

"Por lo demás, municiones no era lo único que faltaba. Faltaba la organización administrativa del Ejército en una campaña que tendría por teatro un desierto, trabajo más arduo i difícil que la guerra misma. Llamo así la conducción de los elementos de combate, el arrastre de la artillería por suelos accidentados, que el parque siguiera al convoi militar; que las

bestias tuviesen en su alojamiento i puntos de descanso agua i forraje, que el soldado tuviese su rancho i el combustible correspondiente; que tuviera calzado i ropa para reparar la que se destruía con las marchas; i por fin que no le faltase agua en el desierto polvoroso i quemante. Esto requería previsión, orden, especialidades, i ese servicio indispensable que era la vida i la victoria, apenas estaba esbozado. Creer que la campaña del desierto se puede hacer echando el fusil al hombro, era un desconocimiento completo de las características de esa guerra.

“I todavía en el supuesto de que hubiera habido las municiones i la organización administrativa tampoco era el momento de hablar de invasión del Perú, mientras éste tuviera una escuadra fuerte para amagar los transportes que comunicasen el puerto de desembarco con su base de provisión. Nótese que en los proyectos enumerados no se menciona la escuadra peruana, como si no existiera, siendo que en realidad se refaccionaba en el Callao para salir a campaña. Cuando se recuerdan las correrías del “Huascar” en la costa i que el Perú, además de él, disponía todavía de la “Independencia,” hai derecho para decir que el anhelo del Gobierno por iniciar la invasión era prematuro i extemporáneo.

“Cuando se cambiaban estas opiniones entre el General en Jefe i el Gobierno, se abría paso en éste la idea de que el general no quería salir a campaña porque la empresa era superior a los bríos de sus años, i en el General la de que por espíritu político, para contentar a la prensa, al corrillo, al club, se pretendía lanzar al ejército a una aventura a tontas i locas, sin municiones. En el momento que esas corrientes encontradas estaban por chocarse, todo se paralizó derrepente por una noticia inesperada. Esa noticia fué un telegrama de Arteaga anunciando que Prado había salido del Callao con la Escuadra i una división de 4.000 hombres sobre Arica, i que Williams había zarpado el 15 de Mayo para el Norte. El telegrama decía así: Mayo 18 Cartas interceptadas de Lima en Cobija, dicen Prado salió Callao con Escuadra 4.000 hombres Arica. Williams salió 15 Norte. Espero resultado. Arteaga.”

“La ausencia de la escuadra desbarataba los proyectos en discusión porque todos exigían el concurso de las naves. Era efectivo que el Almirante se había ausentado de Iquique sin prevenir al Gabinete ni al General.” (1)

Estas graves causales a las que vino a sumarse el combate naval de Iquique que produjo la pérdida de la “Esmeralda” chilena i la “Independencia” peruana, desbarataron el segundo plan ministerial fruto de una imprevisión desconsoladora.

El tercer plan se engendró tambien en Consejo de Ministros i trajo como detalle revelador el nombramiento de un eminentísimo hombre de Estado, Don Rafael Sotomayor, para el cargo de Comisario General de Gobierno ante el ejército i en realidad con atribuciones de Presidente de la República en campaña como las califica Bulnes. Se quiso con ello remediar las brechas que tenía la organización militar, poniendo al lado del generalísimo un hombre sagaz i experimentado con facultades omnímodas pa-

(1).— Pág. 267 Tomo 1º de “La Guerra del Pacífico”.

ra resolver sin consultar, imprimiendo así fijeza i rapidez a las decisiones. El resultado inmediato fué la renuncia del generalísimo Arteaga, que fué reemplazado por el General Erasmo Escala.

Es revelador el siguiente comentario que hace Vergara, otro de los actores en esas jornadas, sobre lo que acaecía en esos momentos con la dirección del ejército; "Es curioso, dice, ver a cuatro paisanos dictaminando sobre operaciones militares con tanto aplomo como si fueran Wellington o Napoleón".

El cuarto plan ministerial surgió ante razones económicas. Las militares estaban postpuestas ante la aterradora perspectiva del erario chileno sin fondos para alimentar la guerra. El objetivo de ese plan era, desembarcando al Sur de Iquique, apoderarse de las ricas salitreras de Tarapacá i sacar de ellas el Tesoro para proseguir la campaña.

También los acontecimientos produjeron una nueva variante a este plan antes de comenzar su ejecución. En esos días la marina chilena, cumpliendo brillantemente sus altas finalidades estratégicas, aclaró el misterio de su ejército, orientándolo inevitablemente ya, con la claridad meridiana que despedía el triunfo de Angamos, hacia su largo tiempo buscado objetivo.

Entonces se ideó el plan que se llamó de Junín, en el que por vez postrera se evidencia la falta de preparación i de doctrinas preestablecidas. El autor de ese plan no vaya a creerse que fué un General o el Estado Mayor chileno, sino un industrial de Pisagua, llamado Bernardo de la Barra [1]

"Pero la desgracia quizo que esta ocasión como siempre los prácticos estuvieran en desacuerdo. Lo que Barra aseguraba lo contradecían otros. Se habló entonces de un hombre tan conocedor de esas localidades como Barra, que podría resolver las dudas, otro repatriado llamado Don Luis Santa Ana. La opinión de Santa Ana fué completamente contraria a la de Barra. Al paso que éste declaraba muy fácil la bajada de Junín, Santa Ana la calificaba de casi imposible etc, etc".

Sería muy útil seguir paso a paso el curso de esta campaña verdaderamente ejemplar para todo militar, pero basta con lo dicho para comprobar los resultados del abandono militar de los países. El comisario Sotomayor por sí i ante sí, en vista de esa discrepancia, optó por desembarcar en Pisagua, con lo cual dió comienzo a la campaña de Tarapacá i término a cuanto en milicia se puede concebir como plan de campaña, pues en adelante cuantas variaciones ocurren, son consecuencias de la falta de conocimientos iniciales o las inevitables flexiones que sufre la estrategia en toda guerra. Desde el momento que se inician las operaciones el plan termina i se hace lo que indican los sucesos, siguiendo a lo mucho líneas o ideas generales que también precisan cambiarse a menudo.

Con mucha razón dice Bulnes, que se hizo en cuatro años lo que pudo ser cuestión de cuatro meses. Si desde la declaración de guerra hasta la apertura de la campaña terrestre habían transcurrido nueve meses!!

Hoy tengo la certeza absoluta que el Estado Mayor chileno conoce a fondo su problema actual i que no habrá menester de PRACTICOS para

[1] "La Guerra del Pacífico" pag. 513-Tomo 1º

inspirar su estrategia de tierra i mar, porque en su eficiente organización presiden la experiencia i el estudio i sus jefes dirigentes conocen el conciso catecismo que escribió Togo para sus marinos en la orden del día en que se despidió de su flota despues de Tsushima:

“El cielo confiere los laureles de la victoria en la guerra solo a aquellos que se adiestran en tiempo de paz i que “ganan la batalla antes de la lucha”, i así tambien el Cielo niega la corona de la victoria a los que pronto se satisfacen con algunos triunfos i permiten la relajación de sus actividades en tiempo de paz. El antiguo proverbio dice: Ajusta el barbi-quejo del yelmo despues de la victoria”.

Estas axiomáticas palabras escritas para un pueblo laborioso i viril del lejano Oriente, parecen modeladas para servir de Código a los ecuatorianos: en verdad nuestro deber fué ajustar el yelmo al día siguiente que lució el sol de Tarqui: hoi ya no alumbra como alumbra para el Japón el de Tsushima i para Chilè el de Angamos.

Sanidad militar.

Este tema pertènece al capítulo de Estado Mayor, pero su importancia es tan enorme, que intencionalmente he dejado de tratarlo en aquel para dedicarle úno aparte, pues en nuestro caso ocurre con esto lo que con todo, preferimos tener que improvisar como improvisamos el año 1910, pará abandonar despues el trabajo cuando creímos no necesitar ya de éllo, con lo cual renunciamos a uno de los lazos más fuertes i que más poderosas hacen a qualquier organización: la tradición.

Cuan lejanas proyecciones tiene este factor defensivo de la guerra, la Sanidad, lo vamos a ver en las autorizadas opiniones de un Norté Americano, de aquellos que saben reducir la literatura a las necesarias palabras con que juzgan i resuelven con proverbial precisión, que pareciera dominio i donación divina de esa raza, los serios problemas de la actividad humana.

Es el capitán médico Luis A. Seaman que hizo sus observaciones en la guerra ruso-japonesa i halló en la obra de la Sanidad Militar del ejército nipón la bastante trascendencia para adscribirle el triunfo.

I mejor que comentar es transcribir íntegros los párrafos con que obliga a la meditación al que piense en las durezas de la guerra i crea en sus intempestivas asechanzas.

“El éxito del Japón en su reciente conflicto con Rusia se debe principalmente a tres causas fundamentales:

“1° A la preparación i organización militar, preparación no conocida en el pasado;

“2° A las raciones sencillas, no irritantes, facilmente digeribles, de las tropas;

“3° A la acción brillante del cuerpo de sanidad, por la aplicación de tratamientos prácticos i por el alejamiento de enfermedades evitables en el ejército, conservando de esta suerte las unidades para el supremo fin de la guerra: la destrucción del enemigo en el campo de batalla.

“No hai que olvidar jamás que en toda gran campaña se lucha contra dos enemigos: las fuerzas armadas del contendor con sus variadas máquinas de destrucción, que se encuentra de cuando en cuando en campo abierto; *i el enemigo oculto siempre en asecho en todas partes, el pálido espectro, presente siempre, que hace sus víctimas mientras el soldado duerme, en el hospital, en el cuartel, en el vivac; el enemigo más GRANDE I EL MAS SILENCIOSO: la ENFERMEDAD.*”

“Ha probado la historia de las guerras de muchos siglos que de estos dos enemigos en una campaña prolongada, el primero, el enemigo franco mata el 20% i el segundo, el enemigo silencioso, el 80% del total de víctimas. En otros términos, de cada cien hombres que caen en la guerra, 20 mueren por heridas o por balas i 80 por enfermedades, la mayor parte evitables. Este inútil i horrible sacrificio de vidas, especialmente en las guerras entre razas anglo-sajonas, es el problema más árduo de la guerra moderna i los japoneses han hecho un buen camino hacia la supresión o disminución de este sacrificio. Sin disminuir un ápice el esplendor de sus victorias en tierra o en el mar Mukden, Port Artur, Liao-Yang y en los estrechos de Corea, de las cuales dos son de las más sangrientas de la historia—afirmo, sin embargo, sin vacilar, que los mayores laureles del Japón han consistido en la HUMANIZACION DE LA GUERRA, haciendo cesar el sacrificio inútil de vidas a causa de las enfermedades evitables.

“Las tablas de Longmore reconocidas como las más fidedignas estadísticas de guerra i que se basan sobre las batallas ocurridas desde hace doscientos años, enseñan que rara vez ha ocurrido algún conflicto de cierta duración en el cual no hayan muerto, a lo menos, 10 hombres por enfermedades por 1 fallecido por balas o heridas. En la guerra ruso turca 80.000 murieron por enfermedades i 20.000 por heridas. Se afirma por autoridades éminentes que, durante seis meses en la campaña de Crimea, los aliados perdieron 50.000 por enfermedades i 2.000 por balas. Un señor que recuerda esta campaña, un ex-presidente de la Academia de Medicina de New York, me contaba haber visto morir regimientos por enfermedades, sin haber alcanzado a la línea de fuego. En nuestra guerra con Méjico la proporción de pérdidas fue más o menos de 3 por enfermedades i 1 por balas; i en nuestra gran guerra civil casi igual proporción. En números redondos, de los centenares de miles caídos en este conflicto, resultan casi las tres cuartas partes por enfermedades. Viven algunas personas que recuerdan que murieron por fiebres i enfermedades intestinales tantos como cayeron en las terribles batallas que terminaron nuestra gran guerra fratricida.

“Parece que de esta terrible experiencia no se ha sacado lección alguna, porque las estadísticas obtenidas no muestran ningún progreso. En la campaña francesa del Madagascar, [1904], 1400 fueron mandados al combate i de ellos murieron 29 en combate i 700 por enfermedades evitables. En la guerra boer los ingleses perdieron por enfermedades más que en nuestra guerra civil. Pero el mayor ejemplo de estulticia está reservado a nuestra guerra con España (1898)

en que 14 soldados fueron inútilmente sacrificados por cada 1 que murió en combate, i esto, además, en una guerra en que la más larga campaña duró apenas seis semanas

“Los mismos japoneses, en su guerra con la China, (1894) perdieron más o menos una igual proporción que en nuestra guerra civil, 3 por enfermedades por 1 herido por bala, con el 45% sufriendo de beri beri, impotentes de esta manera para el combate.

“Todas estas estadísticas fueron minuciosamente estudiadas por los japoneses. Los jefes reconocieron que para vencer a un enemigo como la Rusia, tenía que ser dominado el grande i silencioso enemigo, el que mata el 80% de los que caen: la enfermedad.

“Las elocuentes cifras que a continuación se anotan, comprendiendo el período desde Febrero de 1914 a Mayo de 1915, desde cuya época no hubo grandes batallas, demuestran a cuan alto grado llegaron los vencedores:

Muertos en combate	43.892
Heridos	145.527
Muertos por las heridas	9.054
Enfermos, no por balas	162.856
Muertos por enfermedad	7.433
Enfermedades contagiosas	10.565
Muertos de enfermedad contagiosa	4.557

“Más de cuatro fallecidos por balas contra uno por enfermedad, en vez de la antigua proporción de cuatro por enfermedad contra uno por bala, o sea un 80% superior a la proporción histórica.

“Solo uno i dos décimos del ejército falleció por enfermedad.

“Únicamente el 1 ½ % del total murió por heridas de fusil aun cuando el 24 % fué herido.

“Este ejemplo es sin paralelo en la historia de la guerra.

“¿Como se obtuvo éste resultado maravilloso?

“Diez años atrás cuando el Japón fué despojado de su legítimo provecho resultante de su victoria sobre la China, por la acción combinada de Rusia, Alemania i Francia, que resolvieron mantener la integridad del territorio chino, i vió después a ESTAS AVES DE RAPINA apropiarse deliberadamente de los territorios, contempló la amplitud del peligro i se preparó, organizándose, para la lucha inevitable que resolvería su porvenir de nación libre o quedaría vasallo del AGRESIVO MOSCOVITA. Sus hombres de estado razonaron i dijeron: nosotros estamos por comprometernos en una guerra terrible con un adversario poderoso y prestigioso, de grandes recursos i con un ejército reputado de invencible. Es este nuestro franco enemigo en el campo de batalla. También tendremos de frente otro enemigo, el pálido espectro que mate el 80 % de los que fallecen en campaña. Es este nuestro segundo, nuestro oculto enemigo. Nuestras bajas pueden llegar a un millón, este sacrificio lo haremos por conservar nuestra libertad i nuestras instituciones. Si esta terrible masacre se efectúa i se mantiene la proporción de las guerras de los últimos 200 años, 200 000 fallecerán por bala i 800.000 en los hospitales por enfermedad. Por cada hombre que muere a lo menos 10 enfermos, de los cuales algunos invalidarán, o se inutilizarán como unidades de combate. Estos hombres necesitarán nutrirse,

i cuidados de hospital, ocasionando gasto i siendo un obstáculo. Nosotros sacrificaremos gustosos el millón de soldados pero el elemento enfermedad con su terrible cortejo tiene que ser ELIMINADO.

"Teniendo esto en vista, el Japón envió sus estudiantes por todo el mundo para conocer los sistemas de los diversos países. Con estos conocimientos acumulados desarrollaron un sistema propio, basado sobre el servicio alemán, pero muy modificado, i cuya característica parece haber sido: PREVENIR ANTES QUE CURAR.

"El Japón pensó que un médico en primera línea es semejante a un centinela avanzado, podía impedir la entrada del peligro i era tan útil como veinte estacionados en la retaguardia encargados de curar enfermedades despues que se han desarrollado.

"Organizó la sección medica en vasta escala i dió a sus representantes el puesto i el poder que merecía su gran responsabilidad, reconociendo que ellos tenían que haberselas con un enemigo que mata el 80 % de la mortalidad total. Y hasta tuvo la temeridad [extraña puede parecer a un oficial inglés o americano] de graduar sus medicos como los oficiales de línea que combatían al enemigo que mata solo el 20 % i dejarles autoridad igual, excepto en el combate cuando toda la autoridad recae sobre los oficiales de guerra Cuando ésta se declaró el Japón estaba preparado en el interior de su territorio con tratamiento técnico i cuidados efectivos para 25,000 heridos o enfermos."

"El primer objetivo fué la prevención de las enfermedades porque se reconocía que todo soldado que podía librarse del hospital para permanecer en las filas era una doble ganancia, significando aumento de fuerza en combate i disminución de la impedimenta del ejército."

"Pasaremos ahora en revista la observación práctica de los principios de higiene en campaña referentes al soldado. Llevaba sobre sus espaldas el fusil, las municiones i la mochila de bagaje, colgando de ésta una lata de arroz i la botella de aluminio llena de agua hervida. Sobre la mochila estaba atado su abrigo i a los lados un par de zapatos i un pequeño azadón para hacer atrincheramientos. Llevaba además dos saquitos, conteniendo, uno, dos agujas, un par de tijeras, un peine, una escobilla de dientes (EL SOLDADO JAPONES PREFIERE ANDAR SIN ZAPATOS ANTES QUE SIN ESCOBILLA DE DIENTES) i una carretilla de hilo firme. Esta cajita estaba en la mochila con un pequeño pedazo de género encerado, que era la sexta parte de una carpa para seis soldados en la que dormían durante el vivac. El otro saquito, un pequeño saco oscuro de cañamazo, contenía una muda extra de ropa blanca. El peso de este equipo era lo más liviano posible, sin embargo, en las marchas en tiempo de calor el soldado se cansaba mucho con esta carga i a veces sufría penosamente de sed.

"He aquí un ejemplo especial de respeto demostrado a las órdenes de los cirujanos i la manera como se llevaban a efecto. En un cálido día del mes de Junio de 1904, despues de la batalla de Kin Chau, los soldados de Oku marchaban hacia el Norte a través de una región donde abundaban pequeñas frutas parecidas a los zapallos i que en esa región los llaman melones de agua [sandías]. En un regimiento, los individuos agre-

gados al servicio médico, que están particularmente instruidos para vigilar la salud de la tropa, refieren que algunos soldados sufrían de diarrea por haber comido de esta fruta para aplacar la sed. Inmediatamente el cirujano del regimiento hizo dar órdenes, por medio del Coronel, según las cuales nadie podía comer de esas frutas bajo ningún pretexto."

El libro de Seaman es un prolongado elogio a la admirable organización japonesa i bastan los párrafos transcritos para dar una idea de lo que deseamos nosotros para el ejército ecuatoriano. Nuestros médicos que conocen las desconsoladoras historias de Balao en 1910, i de Esmeraldas en 1913, tienen ancho campo donde trabajar en su generosa misión que deben llenar desde la paz si queremos seguridades para su eficiencia en guerra.

Seaman termina su libro trascribiendo un párrafo que atribuye a una viuda americana, pero que puede repetirse por todas las madres o esposas: "Los que aman a una nación desean lo mas preciado i lo mejor para su bienestar. Pero hai mui poca gloria i mucho sufrimiento para los soldados que mueren en tierra extraña, perdiendo inútilmente su vida en vez de darla en defensa del honor nacional. Nosotros, las madres, tenemos que enseñar a nuestros hijos lecciones de lealtad, tenemos que inculcar al niño de hoy el patriotismo que lo cambiará en soldado mañana. Tenemos que hacerlo amar el orgullo de morir en el combate i de educarlo con los ejemplos de heroísmo que han caracterizado la vida de su padre i tornado su muerte en triunfo de gloria. Pero qué podremos decirle a los hijos de los que sucumbieron por falta de cuidados por parte del Gobierno al que habían sacrificado gustosos los intereses i la felicidad de su familia i su propia vida? La lealtad tiene su origen en el amor i su muerte en el odio: ésta no es la primera ni la última guerra que tendrá América, i conviene que nuestros legisladores se interesen mucho en saber cuidar a los soldados de hoy si quieren contar con sus hijos mañana, porque el porvenir de América depende de los ejemplos que aprenden hoy los ciudadanos de mañana."

I para dejarle la palabra a Seaman hasta el último párrafo de este Capítulo, vaya como su mejor final lo que él coloca en la portada de su libro como dedicatoria.

"A los médicos i oficiales sanitarios del ejército japonés que han demostrado que la condición normal del soldado es la salud; que los que perecen en la guerra deben caer en los combates i no por las enfermedades; a los heroicos muertos del ejército que han dado gustosos sus vidas por el honor de la patria amada; al gran número de soldados americanos muertos, cuyas vidas han sido sacrificadas por enfermedades que podrían evitarse durante las guerras i que no han sido suprimidas por ignorancia o incompetencia; i a nuestros legisladores que pueden dictar leyes que impidan estos sacrificios, dedico este libro".

Material de Guerra: cambio de sistema.

Vamos a tratar de una cuestión harto descuidada, puniblemente descuidada en el Ecuador: la adquisición de elementos bélicos. Historiar la manera como nuestros parques militares se han repletado siempre de rifles viejos i cañones reconstruídos es poner en evidencia más de una vergüenza. Desde el contrato Gentini en el que la política pretendió envolver la honra de un ecuatoriano tan insospechable como Don Victor Manuel Rendón hasta que el mismo vendedor se encargó de probar su ínfima condición de aventurero cobrándole al Gobierno con documentos de embarque duplicados doble cantidad de rifles de los que entregó, (1) hasta el contrato Grostuck, que también lo tomó la política de arma para acusar a otro ecuatoriano tan insospechable como Don Lizardo García, bajo el pretexto de diferencia de precios con la compra que éste hizo a Budembrock de rifles nuevos, mientras que los de Grostuck eran usados, inservibles, al extremo que ese negociante, que previamente se hizo invertir del cargo Consular del país ante el Gobierno Alemán obtuvo de éste, la vergonzoza i humillante condescendencia contenida en la siguiente comunicación:

“Ministerio de Guerra. Departamento General de Guerra N° 346. 6: 06. A2 Berlín W. Agosto 15 de 1916. Calle Leipzig 5.—La restricción del reglamento en la cifra 2, de las condiciones comunicadas para la venta de rifles modelo 88, con CAÑONES GASTADOS, de que los rifles deben ser proveídos de cañones nuevos, se ANULA en el UNICO caso que estos rifles sean para EL ECUADOR.” (f) Bücking; posponiéndose así por nuestro Gobierno la calidad a la cantidad con tal de satisfacer una pasión política, pero poniendo en relieve la sagacidad del civil que compró rifles buenos i la equivocación del militar que adquiría los usados, inservibles para un ejército medianamente organizado.

La primera diligencia antes de pensar en nuevas adquisiciones de material bélico debe ser preparar locales, almacenes militares i maestranzas, donde guardarlos con las seguridades necesarias i repararlos con la oportunidad debida. Comprar fusiles i cañones sin proceder previamente en este sentido, será una testarudez, pues hace algunos años que no hacemos otra cosa que desempacar fusiles nuevos a pesar de que el ejército no tiene fluctuaciones perceptibles a ese extremo. Pero lo que ocurre es que rifle que se daña se abandona; rifle que regresa descuidado de una campaña, sucio o averiado, se arrima al montón siempre creciente; rifle que se entrega a particulares con pretextos i razones más o menos especiosas, no regresa, i cuando se ofrece una campaña i se organiza un batallón, se

(1) Memoria de Hacienda al Congreso de 1898 por Rafael Gómez de la Torre, pág. 24.

busca naturalmente lo mejorcito que está encajonado, los nuevos, que reciben, cuando regresan, el mismo trato liquidador que los demás. Esto es consecuencia del proceso revolucionario en que vegetamos, ya en forma activa, ya latente.

Menos mal todo eso si sacamos de ello la debida lección i organizamos los parques en la forma meticulosa i hasta elegante de los alemanes, chilenos, franceses, argentinos, todos, todos, hasta los peruanos.

I lo que decimos de rifles lo repetimos con dolor de cañones. Vimos llegar, creo que el año 1898, varias baterías Krupp reformados que vinieron con su corraje completo i flameante, su equipo reglamentario de fraguas, cocinas, arzones, utensilios de rancho, en suma cuanto se prescribe por las ordenanzas alemanas, hasta en sus menores detalles. Si hoy existen los cañones es porque no sirven para otro fin práctico, pero el corraje está en esqueleto, quizás por falta de cuidado i suministros para ello, i en cuanto a los arzones, fraguas, cocinas, no hai sino vestigios, no porque esos cañones hayan sufrido en campaña sino porque el interés particular les declaró más cruda guerra a sus ruedas i a sus ejes. Hasta la batalla del Somme cualquier tecnico militar hubiera reído de ese material, pero los alemanes se encargaron de probar prácticamente en esa lucha, que en guerra de posiciones es perfectamente aplicable i útil el material antiguo de tiro acelerado.

Debemos reflexionar que todo el equipo de artillería moderno que poseemos se lo debe el país nó a sus leyes, nó a sus legisladores, nó a sus Gobiernos, sino al esfuerzo de la Junta Patriótica de Guayaquil, que ya dejó abandonado el cetro, desengañada quizás por nuestra inercia orgánica.

Corramos un velo sobre estas pequeñeces de nuestra endeble constitución militar i social, pero preparémonos para proceder de manera opuesta en el porvenir.

Seguros que no vamos a la repetición del sistema adquisitivo pasado, adoptemos el rifle que mejor resultado haya dado en la prueba decisiva a que está sometido el material de guerra en los campos europeos, pero sin dejarnos llevar por una servil imitación, pues debemos contar con las condiciones individuales físicas de nuestro soldado. Un rifle bueno para el militar fuerte i corpulento de Europa, no lo es para el nuestro, de fuerza i talla menor. Parece lógico pensar en el rifle japonés como el más adecuado para nuestro ejército, dada la similitud de estatura i fuerza de esos soldados i los nuestros, i dado también que el peso del fusil guarda inevitable relación con la fuerza muscular del portador. Otro tanto se puede decir de cañones, para los cuales debemos consultar la clase de caminos i los medios de transporte que vamos a tener, pues el material ligero, que se llama de campaña en otros ejércitos, resulta aqui material pesado, de sitio, dadas las dificultades de transporte que tenemos i tendremos por muchos años más, pues no es cuestión de uno, dos o tres carreteras i ferrocarriles lo que pueda considerarse como facilidades para la adopción de material pesado; así la táctica quedaría restringida a sitios determinados del país donde hubieran esos ferrocarriles, i el resto, la mayor parte, sin defensa posible. Por mucho tiempo tendremos que considerar como de campaña el cañón de montaña de otros ejércitos. Parece que en el material Ehrhardt de tiro rápido

que regaló la Junta Patriótica se condensan las características mas importantes de ambos tipos, i así lo demostró el Mayor Medina cuando aconsejó esa adquisición. (1).

En cuanto a ametralladoras-las regaderas diabólicas de la guerra ruso-japonesa-hemos quedado completamente atrás de las mas indispensables necesidades, i sobre esto precisa hacer hincapié, pues todo lo que se diga acerca la adaptabilidad de esa arma a nuestra táctica i topografía será poco.

En los abundantes bosques de la costa, en las quebradas serranías del interior, en las estrechas i frecuentes gargantas de los caminos, a través de todo el territorio nacional se encuentran posiciones admirablemente adecuadas para la táctica de ametralladoras.

El Capitán español Gonzales i Perez, en su texto de uso en la Academia de Infantería, dice al respecto, [pag. 81]:

“En la guerra de montañas las ametralladoras tienen reservado un brillantísimo papel; las condiciones de esta clase de guerra i de terreno son tan apropiadas a su empleo que en ella encontrarán su mejor aplicación. En efecto, la defensa de cañadas, gargantas, desfiladeros, CAMINOS ESTRECHOS etc, operaciones tan frecuentes en tal clase de guerra nadie mejor que la ametralladora puede hacerla; la abundancia de alturas i picachos colocados en ocasiones en puntos convenientísimos para la defensa i de una extensión reducida incapaz de contener un número de soldados equivalentes en fuego a una sección de ametralladoras, indica un lugar muy apropiado a estas armas que pueden detener con su fuego la marcha de una columna, preparar el ataque de un convoi, etc”.

“No son menos importantes los servicios que pueden prestar en el ataque i defensa de las localidades ejecutando fuegos de enfilada; en los combates de bosques, colocadas en las lindes, batiendo los puntos por donde se presume ha de desembocar el enemigo, o en el interior, batiendo de flanco las columnas que se aventuren por caminos transversales, i en general acompañando a los destacamentos encargados de misiones especia-

(1) Para el que interesare los detalles técnicos comparados entre el cañón Erhardt i el Schneider peruano, doi enseguida una tabla comparativa, inspirada en datos i observaciones del Mayor Medina.

	Pieza de 7.5 17 calibres	Pieza de 7.5 15 calibres.	Cañón peruano 7.5 Modelo 1904
Calibre	7.5	7.5	7.5
Largo total	1275 m/m	1125 m/m	
Peso del cañón con cierre	105 Kilos	100 Kilos	265 Kilos
Altura de fuego	742 m/m	742 m/m	
Largo del eje (trocha)	1065 m/m	1065 m/m	1400 m/m
Diametro de ruedas	900 m/m	900 m/m	1220 m/m
Elevación máxima	30 grados	25	40 a 35
Dispersión máxima	7	7	
Campo de tiro lateral	2 ½ "	2 ½ "	
Peso del escudo sin placas	69	42	65 Kilos
Espesor del escudo	5	3	4
Número de balines del sharpnel	355	275	246
Peso de cada balin	9 gramos	9	9
Peso de la pieza con limonera	476	421	1329 Kilos
Peso de la pieza de batería	492	410	788 Kilos
Velocidad inicial	325 metros	300	
Alcance con espoteta de tiempo	4700 metros	4500	
Alcance máximo	5500 "	5500	
Peso del proyectil	5300 k.	5300 k.	5300 k.

Distribución del peso en cada bestia portadora. (Cañón Erhardt) 1.) El cañón con cierre, 105 kilos.

2) Cuna con el freno, 99 kilos. 3) Mastil superior i aparato de puntería, 95 kilos. 4) Mastil inferior i escudos, 101 kilos 5) Eje, limoneras, ruedas, 96 kilos. 6) Municiones: 12 cartuchos a 6,1 kilo cada uno, 72 kilos,

les en las sorpresas i emboscadas, bien utilizadas, serán siempre un arma excelente, que, prestando eficazísima ayuda a la infantería, cooperará con ella de modo notable a la consecución del fin propuesto”.

Una ametralladora, según la opinión del general alemán Rohue, equivale a 60 tiradores, i el Capitán belga Victor Noel deduce de ello que un tiro de ametralladora en tal condición, es mejor dirigido sobre un objetivo, que no el de 60 hombres que no pueden obedecer a un comando único en medio de la emoción del combate.

Países pequeños como el nuestro tienen en la ametralladora un aliado, porque la debilidad numérica se puede equilibrar con esa arma que multiplica el volumen de fuego.

Lo que han hecho en la guerra europea está fuera de toda ponderación i gracias a ellas los alemanes, cuando Rusia les pesaba enormemente en el frente Oriental, pudieron contener, en el Occidental la superioridad aliada en hombres i material con que lucharon en el Somme, i en Flandes posteriormente; i hasta último momento se hallaban empeñados en ampliar su organización de ametralladoras, según Farrand Griffin, crítico militar del “Leslie's” (Nº. de Set. 14 de 1918).

Sin necesidad de buscar ejemplos de ésta guerra, podríamos citar los de la campaña de Manchuria i Port Arthur:

El general Noghi, refiriéndose a los asaltos de la colina 203 en esta última plaza, dice: “Nuestros más terribles enemigos fueron las alambreadas instaladas a 100 metros de las trincheras rusas, iluminadas con proyectores i batidas defensivamente por el fuego mortífero de las ametralladoras.”

El jefe de escuadrón francés Meunier relata que “el 17 de Marzo de 1905, dos batallones rusos ejecutaron un contra ataque en el villorrio de Hautchenpou, bajo los fuegos cruzados de dos secciones de ametralladoras; uno de esos batallones perdió todos sus oficiales i de los 800 hombres que lo componían regresaron vivos solo 28”.

El general Kuropatkin en una instrucción táctica para sus tropas les decía: “Los japoneses disponen de gran número de ametralladoras i esto exige que se lo tome muy en cuenta, i será menester hacer todo lo posible para reducir las al silencio mediante el fuego de la artillería”.

El general OKU en una instrucción secreta dirigida a sus tropas, i que probablemente cayó en manos de los rusos, prescribe que:

“Si se está a la expectativa de un contra-ataque enérgico del enemigo, se debe proveerse inmediatamente de ametralladoras i granadas.”

Por todo esto, que no amplió para evitar al lector la aridez del tema, es que soi un creyente de la ametralladora e insisto en que se estudie ampliamente su aplicación entre nosotros.

Así como estos elementos de guerra son indispensables, también lo son en gran escala los CUARTELES para recibir conscriptos en cuanto se ponga en práctica la lei de servicio obligatorio. I decir cuartel debe interpretarse no solo como edificio, sino como menaje para el recluta, pues no es justo ni conveniente bajo ningún concepto, iniciar la reforma militar brindando

al ciudadano incomodidades i desaseo, con lo cual se habría causado una impresión desastrosa de la ley, comenzando por eludir su alta misión educadora.

Coronaríamos nuestras buenas intenciones i garantizaríamos la bondad del esfuerzo, situando permanentemente en Europa una comisión mixta, de militares de responsabilidad i de funcionarios consulares o especiales, encargada de hacer directamente, sin intermediarios judaicos, las adquisiciones indispensables para el ejército, consiguiendo con esta medida, acierto, economía, desinterés i prontitud, además de que los militares de esa comisión serían los voceros de los adelantos modernos i los "corresponsales en campaña" para nuestro estado mayor.

He aquí por qué tenemos que cambiar de sistema, no solo en los rifles i cañones, sino en el modo de adquirirlos.

El dilema.

Hace veintiseis siglos que uno de esos videntes bíblicos alcanzó a discernir el temple de la fibra i la contextura de la masa humana, condensando filosóficamente un consejo en dos palabras: "Sanctificate bellum", profética sentencia que advertía a los pueblos que la materia de que fueron hechos no admitía flaquezas, i que, para cumplir su misión histórica, debían hallar en el cultivo de la fuerza el mejor medio para alcanzarla.

Guardemonos de repetir esa maldición del Profeta i sinceramente hagamos cuanto podamos para evitar que ella sea una divisa; pero restemos probabilidades a la guerra volviéndonos fuertes i por fuertes respetables, que es la interpretación más humana de la sentencia de Jeremías.

Habrà sin duda franca i liberal oposición a las ideas que sustentan mi modo de ver la situación histórica del Ecuador. Se aducirá, lo espero, que el ideal debe ser una patria próspera, llena, no de cascos i fusiles sino de atributos de civilización, buenos ferrocarriles i caminos, extensos cultivos, comercio i marina desarrollados; pero he de argüir que mientras más riquezas acumulemos, más celosos debemos ser para su custodia, porque más envidia ellas despertarán cerca i lejos, i es inútil cosechar durante años el trabajo de varias generaciones para verlo el momento menos pensado arrebatado por la lei del fuerte agresor.

Al par que la felicidad debe crecer el escudo que la garantice.

"No habéis pensado nunca cómo será el mundo moral después de la guerra? Es mui fácil contestar que el mundo será como siempre. Quizá las palabras más terribles acerca del ideal de paz futura las ha pronunciado un sabio español, Ramón i Cajal:—"Para mí—ha dicho [*España*, 5 de Febrero de 1915]—la raza humana sólo ha

“creado dos valores dignos de estima: la Ciencia i el Arte, En lo de-
“más continúa siendo el último animal de presa aparecido”. Para
“el insigne histólogo, el hombre ha de perseverar irremediablemente
“en su condición de animal de malos instintos, i se funda “en un he-
“cho biológico desconsolador: la desesperante resistencia evolutiva
“del cerebro.....” “A despecho de la influencia educadora de la Filo-
“sofía, del Derecho i del Arte; a pesar de las maravillosas conquis-
“tas de la ciencia i de la técnica, nuestras células nerviosas continúan
“reaccionando casi lo mismo que en la época neolítica: igual tenden-
“cia irresistible hacia el robo en cuadrilla, la misma afición al vaho
“de la sangre ajena, idéntica aversión hacia los pueblos que hablan
“otra lengua o habitan del otro lado de un río o de una cordillera”.
“¿Razón? Que ninguna de las adaptaciones culturales i sociales del
“hombre se ha trasmitido todavía a las células germinales i adquiri-
“do, por tanto, carácter hereditario.

“Escribió Cajal esas palabras al principio del año 15, i vió tan
“claro el porvenir inmediato, en lo que se refería al destino de cada
“nación beligrante en esta guerra, que su perspicacia da mayor autori-
“dad al juicio del hombre de ciencia. Tras de veinte o treinta años
“de paz vendrá otra guerra. “Un ritmo de pausá nutritiva i de ac-
“ción devoradora—el que rige desde el infusorio al mamífero—, has-
“ta que un milagro divino haga surgir de la impura materia nervio-
“sa del hombre algo mejor. ¡Si es que sale, que lo dudo tam-
“bién!.....” (1)

Yo no creo que vamos a entrar a una era en que los conflictos se re-
suelvan en paz. Más si así fuera i hasta que élla sea una realidad, ten-
drá que pasar, como todas las cosas de los hombres, por una época ine-
vitable de ensayo—un año?, un siglo?—i mientras se afianza ese régimen di-
vino ¿vamos a quedar expuestos a las tentaciones de la codicia i a los em-
bates del Jerges americano? ¿o sería preferible que la Edad de Oro de la
Historia nos encuentre siquiera disciplinados i no como un caótico con-
glomerado humano?

Entre tanto i mientras que el mundo no entre al franco periodo
glorioso en que el Angel de la paz reine e inspire en lá conciencia universal,
no podemos ni debemos hacer otra cosa que someternos, i escoger del di-
lema, del incommovible dilema de la Historia, del que tuvieron ante sí
Persia, Roma i Grecia, Transval, Cuba i Belgica: O FUERTES O ESCLA-
VOS.

(1) Para mayores detalles de estas opiniones del sabio español vease “La Esfera” N^o, 245 de Se-
tiembre 7--1914; comentarios de Luis Bello.